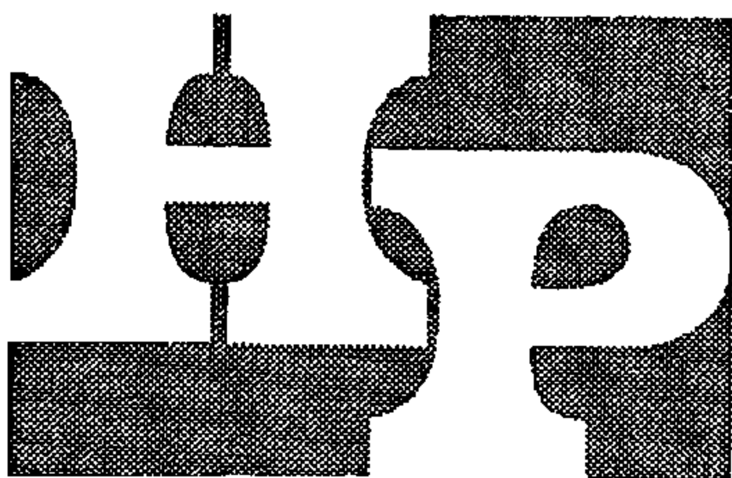


Keith Luger

DOS LOCOS FORAJIDOS





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

DOS LOCOS FORAJIDOS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 304
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 32893-1975

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: octubre, 1975

Cubierta: Faisá

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El alcaide de la prisión Fort Riley sacudió la cabeza, denegando:

—Lo siento, doctor Kenstein. Pero es ilegal.

El doctor asintió con una mueca.

—Habría sido una experiencia muy útil para la Ciencia.

—No puede ser, doctor.

—La hidrofobia no ha sido vencida aún.

—Lo sé, doctor. Hemos tenido un par de casos entre los carceleros. Fueron mordidos por los perros guardianes. Su muerte fue espantosa. Los vi morir, y es un espectáculo que jamás olvidaré.

—Por tanto, debería colaborar, alcaide.

—¿Y que trascienda el asunto y las Ligas de Protección al Recluso nos crucifiquen? No, doctor. Usted no conoce bien a las Ligas. Sus componentes son individuos ociosos, que tratan de arreglar el mundo.

El doctor Kenstein arrugó el entrecejo.

—¿Y si obtuviéramos la autorización de los propios sujetos de la experiencia?

—Usted quiere decir que pidamos, por favor, a los dos condenados a muerte que se dejen inocular. ¿Es eso, doctor?

—No sería ilegal.

El alcaide pegó un manotazo al aire.

—Usted no conoce a la Liga de Protección al Recluso. Pero conoce menos a los dos individuos que ahorcaremos mañana.

—Son hombres, alcaide.

—No, doctor —el alcaide esbozó una sonrisa de amargura—. No son hombres. Son seres de otra especie. Fieras con forma humana. Sujetos que nunca conocieron la piedad ni tuvieron una idea somera del bien.

—Insisto en que podríamos intentarlo Son capaces de reaccionar de un modo inesperado.

—¿Qué quiere decir?

El doctor Kenstein procedió a limpiar los cristales de los anteojos con un pañuelo.

—He visto morir a mucha gente, alcaide. Y observé siempre en los moribundos una tendencia hacia lo que es justo. Como si, de pronto, se despertara en ellos el sentido de la conciencia.

—Continúe, doctor.

—Conocí a sujetos sin piedad que, al saber que estaban próximos a la muerte, decidieron rectificar y quedar en paz consigo mismos.

—Y usted espera que los dos condenados se hayan ablandado, ahora que saben que mañana serán ahorcados en el patio de la prisión. ¿Espera una cosa así, doctor? —El alcaide hizo reaparecer la amarga sonrisa—. Usted es un ingenuo, Kenstein.

—Nada cuesta intentarlo.

El alcaide inspiró profundamente y empezó a decir:

—Oiga, doctor. Hudson y Adams jamás accederán a…

Interrumpió la frase porque la puerta del despacho se abrió, sin que nadie llamara.

El hueco quedó ocupado por el corpachón de un sujeto de rostro brutal y ojos juntos.

—Todo resuelto, alcaide —dijo, sonriendo con los gruesos labios.

El alcaide entrecerró los párpados.

—¿El qué, Bronco?

—Me refiero a lo del jeringazo.

—¿Cómo?

Bronco resolló, y pasó una de sus manazas por el rostro.

—Hablé con Hudson y Adams acerca del experimento.

—¿Tú hablaste con…?

—Reconozco que la única conversación que he tenido con esos dos bastardos en el tiempo que están alojados ha sido la de mi porra de madera. —Bronco golpeó la palma de la mano libre con un palo rematado por una especie de bola—. Este «calmante» lo necesitaron muchas veces, y lo administré con inteligencia…

—Bronco, no habrás empleado…

—No, alcaide. Esta vez fue por las buenas. Escuché la petición del doctor, y me dirigí a la celda de los condenados. Hablé con ellos por la mirilla enrejada. Nada de contacto directo con el «calmante».

—Sigue, Bronco.

Bronco sonrió.

—Mi gusto habría sido convencerlos a porrazo limpio, y dejarlos en la posición lista para la vacunación. Pero tuve en cuenta que mañana tendrán lo que merecen, y quiero verlos frescos para la fiesta del patio.

—Bronco…

—Ya sé, alcaide, ya sé. A veces, soy demasiado rudo. Pero el doctor comprenderá…

—Comprendo —dijo Kenstein, quien no entendía por qué aquella porra de madera lastrada con plomo tenía que ser legal, y su vacuna, no.

—Adams me envió al infierno cuando le hice la proposición para ser vacunado. En cambio, Hudson lo pensó mejor y, después de reír un rato, accedió a la experiencia.

El doctor consultó el rostro del alcaide.

El alcaide Hoffman titubeó un rato, y finalmente dijo:

—¿Pueden morir, doctor?

—De ningún modo. La vacuna no es tóxica. Sin embargo, quiero conocer la reacción del individuo. Las cobayas del laboratorio dieron una reacción alarmante a las dos horas, pero luego volvieron a la normalidad.

—No quisiera tener dificultades con el gobernador, si Adams y Hudson mueren fuera de la horca.

—Todo marchará bien, alcaide.

—Adelante, doctor.

Bronco sonrió de oreja a oreja.

—Mantendré a Adams y a Hudson respetuosos ante el doctor, sin llegar a usar el «calmante».

—Ten cuidado, Bronco.

—Habrá dos chicos vigilando afuera para que todo esté en debidas condiciones.

—Acompaña al doctor.

El doctor esbozó una sonrisa y estrechó la mano de Hoffman.

—Alcaide, la Ciencia ha contraído una deuda con usted.

—Invente una vacuna efectiva contra la rabia, y estaremos en paz, doctor.

Kenstein salió del despacho y fue en pos del voluminoso Bronco.

Cuando llegaron al corredor de las celdas, el doctor tuvo un sobrecogimiento, a pesar de que no era la primera vez que pisaba una prisión.

Las manos de los presos se cerraban en tomo a los barrotes, dejando ver en la oscuridad los puntos luminosos de los ojos. La imagen se repetía en la perspectiva del lóbrego corredor y se perdía en un recodo.

En el recodo se hallaba la celda de los condenados a muerte.

Kenstein conocía los antecedentes de los dos casos. Los condenados serían colgados por asesinato. Hudson había agotado todas las peticiones de clemencia, alegando locura pasajera. Consiguió seis meses de vida. Ahora iba a ser colgado, con Adams, condenado por cinco asesinatos, que se le pudieron probar con mucha dificultad, porque siempre mataba sin dejar testigos.

Bronco hizo una señal, y un trozo de sombra cobró vida, y se desdobló en dos carceleros, que se colocaron a los flancos.

Uno de los carceleros, un gordinflón con cara de reverendo, abrió con la llave, y luego sacó el seguro de la puerta mecánica, que se abrió con un chirrido.

Kenstein entró en la celda, en pos de Bronco, quien sonreía, satisfecho.

—Muchachos —dijo Bronco hacia un jirón de sombra—. Esto os hace quedar en paz conmigo. Ha sido todo un gesto.

Kenstein contenía la respiración, a causa del hedor de la mazmorra.

Contuvo las arcadas y extrajo un frasco de alcohol, que destapó y apoyó contra un trozo de algodón. El olor del alcohol mitigó en parte el de la celda.

Bronco volvió a romper el silencio con su desagradable voz:

—A pesar de todo, me acordaré siempre de vosotros como un par de buenos tipos.

—Vete al infierno, bastardo —gruñó un individuo de aspecto pesado y duras facciones—. Y usted, matasanos. Acabe pronto, que queremos seguir durmiendo.

Kenstein quedó de una pieza ante la mentalidad de aquellos

seres, próximos a la muerte.

Asintió hacia la oscuridad, y asió una jeringuilla, cuyo émbolo accionó para cerciorarse del buen funcionamiento.

No lejos del lugar que ocupaba el sujeto de duras facciones, se escuchó una fría risita, que sonó como dados agitados en un jarro de lata.

—No le haga caso, doctor. Mi compañero está un poco nervioso por lo de mañana.

—Si no tuviera las manos agarradas con esta argolla…

—¿Qué, Chad?

—Juro que ya te habría roto el cuello.

El de la risa tenía que ser Hudson, según dedujo el doctor, por eliminación. El malcarado era Chad Adams. Hudson seguía riendo.

—Lo que le digo, doc. Está muy alterado. Conque, si quiere, póngame la vacuna a mí, y permítame ser un héroe póstumo.

Bronco intervino con un carraspeo:

—Eh, basta de riñas. No quiero usar el «calmante». Y la vacuna será para los dos. El doctor siempre usa dos ratas en su laboratorio.

—Acércate, Bronco —ladró Chad Adams—. ¿Por qué no demuestras tus agallas? Anda, acércate sin la porra. Te daré la ventaja de tener la mano derecha encadenada.

Bronco apretó los maxilares.

—Si no fuera porque el alcaide me prohibió usar la porra en esta celda…

—Quizá tienes miedo, ¿eh, Bronco? Eres muy valiente con tu maldita porra rellena de plomo.

El doctor Kenstein respiró hondo y dijo, ahora cerrado los ojos:

—Salga, Bronco.

Bronco dio un respingo.

—¿Cómo?

—Déjeme con ellos.

—¿Dejarlo solo con estos asesinos?

—Sí, Bronco.

—No estoy loco, doctor. Podrían matarlo de un zarpazo.

—Espero que se porten bien.

—No los conoce, doc. Si yo no estuviera presente, intentarían agarrarlo para sacar partido de su situación. Quizá por eso han accedido a ser vacunados. Tal vez piensan que podrán echar mano

de un inocente como rehén, y amenazarnos con romperle el cuello, si no los dejamos libres.

El doctor Kenstein sonrió amargamente:

—Está exagerando, Bronco. No es la primera vez que entro en una prisión. Conozco las reacciones de estos hombres. No están en situación de intentar una tontería.

—Son capaces de todo —insistió Bronco.

—Debo aplicar la vacuna hallando al paciente en un estado emocional menos irritable que el de ahora, Bronco. Usted los excita, y todo a causa del odio que les tiene.

—¿Yo? ¿Odio? En el fondo, soy un pedazo de pan metido a carcelero.

—Salga, Bronco. Nada intentarán, estando encadenados.

Bronco titubeó unos segundos, y finalmente asintió:

—Estaré junto a la misma puerta, doc.

—Sólo será un momento —sonrió Kenstein.

A continuación, desinfectó la jeringuilla mientras daba tiempo a Bronco para que abandonara la celda.

Hudson emitió su risita entre dientes.

—Tiene usted hígados, doctor. Por eso le voy a brindar mi brazo el primero.

—Gracias, Hudson.

El condenado levantó el jirón de tela que cubría su brazo derecho, y dejó que Kenstein le inoculara.

—¿Qué efectos produce, doctor?

—No sentirá dolor.

—¿Podríamos morir? Eh, quiero aprovechar estas últimas horas, ¿sabe? Es muy importante para mí.

El doctor retiró la aguja, y observó con fijeza al condenado.

Horace Hudson era un tipo delgado, flexible, de dientes cortos y puntiagudos. Sus ojos eran lo más curioso porque resultaban saltones, y además incoloros y fríos, como su misma risa.

—¿Qué mira, doc? ¿Mi cara de loco?

—No, Hudson.

—No disimule, doctor. Usted sabe que mi abogado quiso sacar partido de mis ojos. Presentó varias peticiones al gobernador, alegando locura pasajera. Pero el gobernador no hizo caso. En cambio, mi compañero Chad está de remate y, sin embargo,

tampoco tiene salvación.

—¿Quién está loco? —rugió Chad Adams.

—Tú, Chad. Eres un loco furioso.

Chad forcejeó, emitiendo maldiciones como si quisiera soltarse para abalanzarse contra Horace Hudson.

El doctor diagnosticó una furia creciente y contenida.

—Calma, Adams. No debe alterarse.

—¡Váyase al diablo, matasanos!

—¿No quiere someterse al experimento?

Chad Adams observó con desagrado la aguja de la jeringa.

Al escuchar una risita burlona de Horace Hudson, accedió al pinchazo, mostrando un brazo musculoso. No obstante, desvió la mirada.

El doctor Kenstein lo comprendió todo. Sin duda, se había establecido un reto entre los dos condenados, cuando les hablaban de la vacuna. Los dos se resistían a pasar por la experiencia, pero se había impuesto el orgullo personal. Ésa era la única razón por la cual aquellos desalmados se prestaban a la prueba.

—¿Qué pasará ahora, matasanos? ¿Moriremos dando mordiscos al aire o nos dará tiempo de llegar al patíbulo?

Kenstein lanzó una mirada hacia la puerta, y se dijo que había llegado el momento de poner el dedo en la llaga.

—Usted tomó parte en el juego, no por servir a la Ciencia, Adams.

—¿Qué chamullea, matasanos?

—Usted se avino a la experiencia porque su compañero Hudson accedió a ello, y usted no quiso ser menos.

—Tómese una de sus píldoras y muérase.

—Pero debo revelarle el motivo por el cual Hudson pidió dejarse vacunar.

—Dígalo, matasanos.

Kenstein respiró con fuerza.

—Hudson no pierde la esperanza de que ocurra algo para poder escapar de la horca, aunque sólo sea por unos días más.

Chad Adams gruñó aprobatoriamente.

—Entiendo. «Ojazos» espera ponerse enfermo con la vacuna para que el alcaide demore la ejecución. Está prohibido ahorcar a gente enferma, ¿verdad?

—Hudson se agarra a un clavo ardiendo, Chad.

—¿Cree que nos darán unas buenas fiebres, matasanos?

Kenstein dejó escapar unos segundos antes de responder. Llegó a la conclusión de que los dos condenados lo estaban escuchando con interés:

—La vacuna debe producir una inflamación transitoria y, después de unas horas, quedará todo normal. Eso es lo previsto, muchachos.

Chad y Horace quedaron en silencio.

El doctor prosiguió:

—El único riesgo es si no se inyecta la segunda vacuna compensadora. Tres días más tarde, los virus de esta dosis se tornan activos y producen la hidrofobia.

—Conque hay una segunda parte, ¿eh? —dijo Horace, sonriente.

Adams lo fulminó con la mirada.

—No tendrán que ponerte la dosis de compensación. Para entonces, dará lo mismo que atrapes la hidrofobia, Hudson. Estarás dentro del hoyo.

—También tú puedes rabiar en la fosa, si es tu gusto, Chad —rió siniestramente Horace.

El doctor Kenstein abarcó con la mirada a los dos condenados a muerte.

—Puedo inyectarles la segunda vacuna de inmunización, caballeros. Naturalmente, me estoy refiriendo a dentro de un par de días.

Chad y Horace se miraron un segundo, y luego volvieron los ojos hacia el doctor.

—¿Va a solicitar una demora en nuestra ejecución? —exclamó Horace—. Infiernos, eso sería estupendo. Vivir un par de días más.

Chad emitió un gruñido:

—Sí, matasanos. Nosotros tenemos cuarenta y ocho horas de vida de regalo, y usted completa el experimento. Trato hecho.

El doctor Kenstein echó la cabeza hacia atrás, y observó a los condenados.

—Ustedes no van a morir, muchachos.

El silencio siguió a las palabras del doctor Kenstein.

Éste agregó en un firme susurro:

—Ustedes van a fugarse.

CAPÍTULO II

El irascible Chad Adams masculló una imprecación, y trató de abalanzarse contra el doctor.

—¡Maldito matasanos! —aulló—. ¡Está tratando de tomarnos el pelo! ¡En unos momentos tan amargos!

El vozarrón de Bronco se escuchó por la mirilla de la cancela.

—¿Ocurre algo, doctor?

Kenstein volvió a medias la cabeza.

—Nada, Bronco. Adams nos resultó un cobardón, y se quejó del pinchazo.

Bronco rió con ganas, y volvió a cerrar la puerta.

Ello aflojó la tensión de Kenstein porque creyó que el grito de Chad iba a echarlo todo a rodar.

—Estúpido presidiario —dijo el doctor, entre dientes.

Horace también lo amonestó:

—Eres un retrasado mental, Chad. Un cretino con el cerebro del tamaño de un piñón.

Chad resolló con furia y empezó a calmarse.

—Si lo que dijo es una broma, juro que no saldrá vivo de aquí.

—No le haga caso, doctor —intervino Horace—. Está con los nervios de punta porque le espera la soga.

Kenstein batió una mano y lanzó una mirada retrospectiva para cerciorarse de que Bronco estaba fuera del alcance auditivo.

Luego abrió al maletín y extrajo un frasco achatado.

—¿Saben lo que es esto, caballeros?

—¿Algún mejunje para volvernos invisibles y pasar a través de las rejas? —rezongó el rudo Chad—. ¿Cómo piensa sacarnos con eso?

—Es un frasco de ácido nítrico.

—Ya. Un narcótico para los guardianes. Deberemos decirles que se pasen por aquí para tomar su cucharada, ¿eh, matasanos?

Horace atrapó el frasco y exclamó, indudablemente conocedor del ácido nítrico:

—¡Es un líquido que se come el hierro!

Chad pestañeó, ahora boquiabierto.

El doctor cabeceó.

—Bien, caballeros. Ustedes pueden trabajar unas horas con el ácido nítrico en sus cadenas. Les aconsejo que lo apliquen directamente a las argollas y quedarán libres con el mínimo esfuerzo.

—Ya estamos sin argollas —dijo Horace, sonriendo complacido —. ¿Qué pasa ahora?

El doctor abrió un doble fondo de la valija y extrajo un par de revólveres.

—¿Alguna pregunta?

El rudo Chad Adams reaccionó a la vista de las armas, que era lo que de veras comprendía.

—¡Almas del infierno! ¡Dos «quitapenas», con su munición!

Horace sonreía, los ojos dilatados de excitación:

—Usted es grande, doctor. Un tipo grande.

—¿Sí, caballeros?

—Usted hace todo esto por la Ciencia. Para que dos días más tarde pueda colocamos la segunda vacuna contra la rabia, y completar el experimento.

—Al diablo con el experimento —cerró Kenstein el maletín.

Horace miró, perplejo, a Chad.

—¿Oíste, muchacho? ¡No le importa el experimento! ¡Y llegamos a creer que nos ayudaba a escapar por el bien de la Ciencia!

El doctor Kenstein les dedicó ahora una mirada muy especial.

Era una mirada de repugnancia, pero salió con una mezcla rara porque trataba de agregarle algo de simpatía.

—Les ayudo a escapar para que me hagan un favor, caballeros.

Chad sopesaba el revólver, con una expresión triunfal en su rudo rostro.

—Pida por esa boca, doctor.

Kenstein asintió con un gesto.

—Ustedes van a matar a dos sujetos.

Horace sonrió, alzando las cejas.

—¿Estás oyendo, Chad? El precio es liquidar a dos tipos.

Chad endureció las facciones más de lo natural.

—Considérelos en el otro mundo, doc.

—Lo harán sobre la marcha. En su camino hacia la frontera.

—¿Quiénes son los pichones?

—¿Oyeron hablar del rancho Patterson y Compañía?

—¿Quién no ha oído hablar, doctor?

—Por si no conocen la estructura de la propiedad, les diré que se trata de un rancho constituido en forma de sociedad. La sociedad tiene tres dueños, que son los poseedores de las acciones.

Los dos condenados no dijeron nada.

El doctor prosiguió:

—La viuda Patterson posee un tercio de las acciones, que heredó de su esposo. Rody Perkins, el hermano de la viuda Patterson, tiene el otro tercio. El resto es de Blend Morgan.

—Infiernos, matasanos. Está usted nombrando a gente muy importante en el mundo de los negocios.

—El rancho Patterson es uno de los más grandes del Estado, caballeros. El hombre que pueda tener en sus riendas el dominio del «Patterson» será el más poderoso del Estado de Texas.

—¿Quién será ese tipo poderoso, matasanos?

Kenstein pareció erguirse en las sombras de la mazmorra.

—Yo.

Los dos reclusos quedaron de una pieza.

Horace carraspeó, y ladeó la cabeza, risueño. Los ojos muy dilatados.

—Condenación, doctor. Si quiso impresionamos, juramos a coro que lo ha conseguido, ¿eh, muchacho?

—Seguro —refunfuñó Chad.

Kenstein respiró hondamente y añadió:

—Ustedes matarán a Rody Perkins y a Blend Morgan.

Chad y Horace cambiaron una mirada, en la que se pudo leer una pizca de orgullo.

—Es un trabajo de categoría, matasanos —dijo Chad.

Horace meditó, con los párpados cerrados, y fue todo un espectáculo porque los párpados apenas podían contener los globos dilatados de sus ojos, y parecían dos bolas carnosas.

—¿Me permite hacerle una pregunta, doctor Kenstein?

—La consulta está abierta, muchachos.

—¿Cómo piensa controlar el «Rancho Patterson»?

—Ya pusiste el dedo en la llaga, Horace. Y la respuesta es bien sencilla.

—¿Sí, doc?

—Me casaré con la viuda Patterson.

—¿Nunca le dijeron que es una bruja, doc? —rió Horace estridentemente.

—Es una mujer horrible, muchachos. Tiene la nariz espantosamente ganchuda, y ella lo sabe. Pero ya hemos llegado a un acuerdo sobre su nariz.

—Demonios, doc. Lo estamos pasando en grande con usted. Siga, por favor.

Kenstein esbozó una amarga sonrisa.

—Jacqueline Patterson piensa empezar una nueva vida. Sabe que, en cuanto nos casemos, la someteré a una operación de cirugía facial, y dejaré su nariz deliciosamente chatilla.

Los dos condenados rieron con fuerza.

Bronco asomó los hocicos por la mirilla y exclamó:

—¡Maldición! ¿Qué está pasando aquí?

Kenstein se volvió a medias.

—Todo marcha bien, Bronco. Me compenetré con los muchachos.

—Avise, si intentan algo —gritó Bronco—. Desde aquí, los veo perfectamente.

—Pero no nos puede oír —murmuró el doctor, mirando a los condenados—. Como les decía, muchachos, Jacqueline sufrirá una operación facial para liberarla de su nariz ganchuda. Pero, por desgracia, ocurrirá un accidente con la anestesia, y ya no despertará.

—¡Conseguirá lo que quiere porque las calaveras son chatas! —rió, con un alarido, el loco Horace.

Chad y el doctor celebraron el espeluznante chiste.

Horace interrumpió la risa repentinamente.

—Eh, doc. Perkins es el único hermano soltero de la Patterson, y ella heredará su parte.

—Diste en el clavo, muchacho.

—Pero ¿qué pasará con Blend Morgan, que no es de la familia? ¿Morgan tiene parientes que heredarán sus acciones en el rancho?

—Sólo el tercio —replicó el doctor—. Ese tercio de los herederos llegaré a adquirirlo. Cuando muera Jacqueline, yo tendré el control sobre la sociedad. Recuerden, poseeré dos tercios. Ello me dará el poder absoluto.

El doctor asió la valija, dispuesto a abandonar la mazmorra.

Contempló la oscuridad, aunque mentalmente acariciaba un futuro luminoso.

—El plan tiene la ventaja de que nadie me relacionará con las muertes. Nadie sospechará que yo monté el asunto. Apenas caiga el segundo socio, me casaré con la Patterson, a quien ya he trabajado convenientemente en el terreno sentimental.

Horace rió con ganas.

—Ya es usted un buen pájaro, doc.

—En próximos días me podré dedicar a la investigación sin ahorrar gastos porque tendré todo el dinero que desee. ¿No ven un gran futuro para mí, caballeros?

Los dos forajidos locos se daban codazos divertidos, ante el cinismo del serio Kenstein.

Éste carraspeó y añadió:

—Ahora sólo me resta desearles buena suerte en la fuga.

Horace ladeó la cabeza con gesto irónico.

—¿Quién le asegura que cumpliremos nuestra palabra de dar el pasaporte a los dos socios de Jacqueline?

—El virus que les está infectando la sangre, caballeros. Si no acuden a Cárter City antes de un par de días, ustedes lo pasarán tan mal que desearán haber sido ahorcados cien veces.

—Cárter City es el punto de la reunión, después de acabar la faena, ¿eh, doc? —dijo el rudo Chad.

—Habrán liquidado a Perkins en su oficina de Lawrenville, y a Blend Morgan, que anda ocupado en la compra de ganado, justo en Corcoan Creek. Todo les pilla al paso, muchachos. La etapa final para saltar a Méjico es Cárter City. No lo olviden.

—Allá nos veremos, doc —acabó ahora Horace.

—Suerte, caballeros.

El doctor acudió hacia la puerta, sintiendo en sus espaldas las miradas de respeto de los dos condenados.

Bronco abrió, al oír los pasos de Kenstein.

Sonrió de oreja a oreja.

—¿Cómo le fue con los tipos, doctor?

Kenstein dejó perder la mirada por el largo corredor, flanqueado por la apretada hilera de celdas.

—Nos hemos entendido muy bien —dijo.

CAPÍTULO III

Chad Adams recibió el resplandor del amanecer en el rostro porque la rendija del respiradero daba justo hacia el Este.

Mascullό una maldición entre dientes.

—Toda la noche me tienes trabajando en el plan para salir de aquí, y tú solo piensas en vengarte.

Horace reía de cuando en cuando en su rincón.

—Esos bastardos me las pagarán, Chad.

—Escucha bien, loco forajido. Nos limitaremos a salir de aquí lo más aprisa posible. Conque aparta de tu cabeza cualquier diablura.

Los dientes de Horace brillaron a las primeras luces del alba porque todo su rostro estaba todavía en la penumbra.

—Juro que se acordarán de nosotros, Chad.

Adams respingó, furioso.

—Saldremos sin demoras, Horace. ¿Me oyes? Si intentas algo, juro que te dejo aquí dentro.

—No seas cascarrabias, Chad.

—Y respecto a quién va a mandar desde ahora, es algo que hemos de discutir de una vez.

—Tú mandarás, Chad. ¿Estás conforme?

Chad emitió un gruñido dubitativo.

Aquel chiflado le daba la razón en todo y, a fin de cuentas era él, Horace quien hacía lo que le venía en gana.

Los pasos de los carceleros se escucharon en el corredor, ahogados por el silencio de los demás reclusos que conocían el significado de aquella siniestra visita a las primeras luces del alba.

El primero en asomar el hocico por la mirilla fue el brutal Bronco Madox, quien no podía ocultar la satisfacción.

—Bueno, chicos. Llegó el día.

Los condenados se mantuvieron en silencio.

Horace contenía la risa, lo cual le arrancaba unos silbidos en los pulmones.

Chad gruñó como un oso.

La cerradura fue trabajada con la gruesa llave, y el seguro quedó abierto. Los goznes rechinaron con estridencias.

En el hueco aparecieron Bronco, el alcalde Hoffman y dos carceleros, que flanqueaban a un hombrecillo insignificante, de unos cincuenta años.

Hoffman fue directamente al punto.

—Muchachos, ustedes son hombres de pelo en pecho para que trate de darles ánimos.

Horace interrumpió el discurso, batiendo palmas espaciadas.

El alcaide Hoffman apretó los labios y agregó:

—Ya terminé, muchachos. No esperen un sermón. Ahora sólo les ruego que se comporten a modo, y no hagan las cosas difíciles. ¿Bronco?

—¿Sí, alcaide? —Bronco atravesó la celda.

—Puedes desprender las argollas de sus muñecas.

El hombrecillo de aspecto insignificante, que frisaba los cincuenta años, sonrió con amabilidad hacia los dos reos.

—Ya habrán adivinado que soy el verdugo, muchachos. Por mi parte, debo decirles que no tienen que temer al sufrimiento. Llevo treinta años en el oficio, y siempre dejé en el rostro de mis clientes una expresión de paz y sosiego en su viaje al más allá. Por otra parte, siempre aseguro lo mismo: que todos hemos de morir un día u otro, y en la historia de la eternidad, cien de vida no son nada…

—¡Cállate, hijo de perra! —rugió Chad, dejando ver un rostro descompuesto por la furia.

El hombrecillo siguió sonriendo apaciblemente.

—Es la reacción natural…

Los dos carceleros de la puerta entraron, por si hacía falta su colaboración.

Era el momento que Chad y Horace esperaban.

Chad salió, de pronto, de la zona de sombra, y cerró la puerta con el pie.

Bronco, Hoffman, el verdugo y los dos carceleros quedaron de una pieza.

Bronco agrandó los ojos al ver que Chad estaba libre de las argollas.

Comenzó a levantar poco a poco el palo lastrado con plomo.

El alcaide revelaba la mayor sorpresa del mundo.

—¿Cómo lo han hecho? —exclamó—. ¿Qué está pasando aquí?

Horace Hudson brotó de su trozo de oscuridad, mostrando el revólver en la mano.

—Alcaide —suspiró, sonriendo como una hiena—. Esto es una fuga.

—¿Creen que van a poder escapar, Hudson?

—Haremos un poder.

—Están locos.

—El gobernador no admitió nuestra locura para concedernos la perpetuidad, en vez de la horca.

—Nunca lo conseguirán, Hudson. No escaparán.

Bronco se humedeció los labios con la lengua.

—Eh, muchachos. Apuesto a que los revólveres están descargados.

Horace rió, sacudiendo la cabeza.

—Quieres que dispare para atraer a todos los carceleros, ¿eh? Infiernos, eres listo, Bronco. De acuerdo. Te daré el gusto. Voy a disparar. A tus tripas.

—¡Espera, Hudson!

—Oh, ¿ya crees que el «Colt» está relleno?

Bronco tragó saliva, arrugando las facciones con amarga furia.

—Me estaba esperando una cosa así, infiernos. ¿Cómo pudieron conseguir las armas, estos granujas? ¿Cómo pudieron librarse de las argollas? ¿Cómo, demonios del infierno?

Chad abarcó con su arma al grupo.

—Andando, Horace.

—Espera, Chad.

—Maldición, ¿a qué tenemos que aguardar?

Horace dilataba los ojos, a la vista de los hombres más odiados.

Depositó la demencial mirada al que más ganas le tenía: Bronco Madox.

—Anda, Bronco. Pégame ahora con tu porra.

Bronco pasó otra vez la lengua por los gruesos labios.

Horace aguijoneó el aire con el revólver.

—¡Vamos, Bronco! ¡Sacúdeme!

Bronco rechinaba los dientes.

—Es muy bonito ordenar eso, con un arma en la mano. ¿Por qué no la sueltas, si quieres pelea, Horace?

—He dicho que uses tu porra, Bronco.

—No puedo hacerlo, si se me apunta con un revólver. Me dispararías.

—Entonces, sacúdele al alcaide, que está desarmado.

—¿Cómo?

—¡Lo oíste muy bien!

El alcaide Hoffman demostró ser un hombre muy entero porque no reveló temor en sus ojos.

—¿Qué ganarás con eso, Hudson?

Horace Hudson tenía el cerebro enfermo, y modificaba sus decisiones a la primera insinuación.

—Es cierto, alcaide. ¿Qué gano con ello? Que se pegue el mismo Bronco.

—¿Yo? —rugió Bronco—. ¿Estás chif…?

—Acaba de decirlo —rió Horace—. Chiflado. Ibas a decir chiflado. Y tienes toda la razón. Lo estoy. Lo declaré al gobernador por escrito, y no me creyó. Pero estoy como una olla de grillos, y quiero ver cosas raras. Anda, sacúdete o te juro que te meto la bala en las tripas.

Bronco alzó el palo y lo dejó caer sobre su cráneo.

Horace reía estridentemente.

—¡Más fuerte! ¡Vamos, con más fuerza, Bronco!

Chad perdió la paciencia y desgranó una sarta de denuestos, dirigidos a su compinche.

—¡O te largas ahora mismo conmigo, o te quedas tú solo con tu fiesta particular!

Horace estaba enardecido, y no hizo caso.

—¡Vamos, más fuerte, Bronco!

Bronco se atizó dos palazos, y hábilmente se abrió una ceja para dejar correr la sangre sin más complicaciones.

Horace sacudió la cabeza.

—No, pequeñuelo, no. Sé que fuiste púgil, y usabas del truco para cobrar la bolsa de las peleas y hacerte la víctima. Quiero chichones. Enormes chichones.

Bronco arrojó rabiosamente el palo.

Horace se agachó, muy oportuno, y el palo silbó por encima de su cabeza.

Entonces hizo fuego.

El proyectil abrió un surco en el brazo de Bronco, y salió por el codo.

—¡Me rompió el brazo! —chilló Bronco—. ¡Me lo partió en dos!

Horace celebró, con alborozo, los gritos del carcelero.

—No te mato porque quiero que recuerdes con rabia lo que ha pasado hoy aquí. Sé que te comerán los demonios, cuando pienses en ello. Serás un carcelero inútil, y mientras haces la aburrida guardia, lo recordarás y se te anudarán las tripas. Por eso no te mato. Bronco. Para que vivas rabiando.

El alcaide atendía al herido Bronco, que gemía, encogido en un rincón.

Dedicó una mirada a Horace y murmuró:

—Usted es sólo un enfermo, Hudson. Tenía razón en su escrito al gobernador.

Horace se mofó del alcaide, y le descargó el cañón del revólver en la frente.

Los dos carceleros de refuerzo estaban tan asustados, que no movieron un músculo.

Horace se limitó a alarmarlos más riendo como las hienas.

De repente, masculló una imprecación, al ver que Chad había escapado, sin decir nada.

Echó a correr hacia el pasadizo de las celdas y, en vez de descubrir a Chad, descubrió al verdugo de rostro apacible, que ahora huía galopando.

Horace le dio alcance y le arrojó por el cuello lo que le había reservado desde hacía rato: El sobrante de ácido nítrico que sirvió para devorar las argollas de hierro.

El verdugo debió sentir lo suyo en la espalda porque, de pronto, emitió un aullido y se perdió de vista, disparado como un cohete.

Horace siguió el plan establecido para la fuga, y ganó el patio donde se levantaba el patíbulo.

Llegó al pabellón de registro de entrada, donde tres empleados y el portero se resistían a abrir, aun estando encañonados por el revólver de Chad.

—Abran —decía Chad, aunque no tenía ningún éxito.

Horace resolvió la situación en cosa de segundos.

—Portero —sonrió, amartillando el «Colt»—. Chad habla en serio. Y para que se convenza, aquí estoy yo para demostrarlo.

A continuación, disparó varias veces, y el «Colt» saltó en su mano con enorme estruendo.

Dos de los empleados murieron en el acto y el tercero rodó, emitiendo alaridos de dolor.

—Ahora, portero —agregó Horace—. Saque el mecanismo del portón o usted será el siguiente.

El portero accionó una palanca, blanco como el yeso.

La puerta del Fuerte Riley gimió, al descorrerse el cerrojo.

Chad empujó la hoja con todas sus fuerzas.

Entretanto, Horace bostezó mientras se echaba a la cara un rifle que acababa de tomar del pabellón de entrada.

Accionó el gatillo otra vez en dirección al patio.

A medida que los carceleros, avisados por la alarma, iban saliendo por el hueco, encontraron los proyectiles de Horace Hudson.

Dos viajaron al infierno de inmediato, y otros dos tuvieron que refugiarse a toda prisa.

Los soldados de las torres de vigilancia acababan de aparecer en las almenas, pero dos de ellos pagaron con sus vidas porque el demente Horace, donde ponía el ojo, ponía la bala.

Cuando Chad corrió hacia la espesura del bosque, dirigió varias miradas de incredulidad al extraño tipo que compartía su suerte. Se dijo que el chiflado Horace era más peligroso que la peste, y que todo podía esperarse de él.

De pronto, dio un respingo al verlo detenerse y prender fuego a la maleza. Sin duda había pensado en todo, y se apropió de unos fósforos.

Chad iba a preguntar para qué hacía aquello, pero el chiflado Horace atravesó el campo bajo una lluvia de balas y prendió otro extremo de la zona cubierta con la maleza.

Luego acudió hacia Chad y soltó la antorcha de hierba, riendo con ganas.

—¿Qué significa ese incendio?

Horace reía, sacudiendo la cabeza, las lágrimas en las comisuras

de los párpados.

—Los perros —dijo dificultosamente a causa del jolgorio—. Los perros que lanzarán en nuestra persecución se verán encerrados en el círculo de fuego. Es una trampa que me costó montar durante mucho tiempo, y espero que salga bien.

Chad emitió un gemido de furia.

—¡No sólo se asarán los perros! ¡También los guardianes!

—¿Verdad que será divertido?

Chad se humedeció los labios.

—¿Sabes que después de esto todo el país querrá vernos muertos, Horace?

—Me gusta la popularidad, Chad.

—Estás como una cabra, muchacho.

—No te gusto, ¿eh?

Chad lo miró, ceñudo, y sacudió la cabeza negativamente.

—No, Horace. Y siento tener que hacer ésta.

Horace se volvió, asombrado.

—¿El qué?

Chad descargó el puño en el maxilar de su compinche.

Horace perdió el conocimiento, después de golpear la cabeza contra un árbol.

Chad Adams respiró, aliviado, después de haberse librado de aquel desequilibrado, que pronta regresaría al patíbulo.

Ahora él, Chad, tendría que hacer el trabajo de los dos.

Primero despacharía a Rody Perkins, que andaba por su despacho de Lawrenville.

Después acudiría a Corcoran Creek, y mandaría al otro mundo al segundo socio, Blend Morgan ocupado en la adquisición de reses.

El tercer punto que tocaría sería Cárter City para acudir a la cita con el doctor Kenstein.

Chad sonrió ante la nueva vida que se le ofrecería dos días más tarde, cuando el matasanos le inyectara la vacuna compensadora.

Miró al inconsciente Horace, y lo golpeó en las costillas con la puntera de la bota.

—Adiós, chiflado —dijo.

Luego, huyó a través del bosque.

CAPÍTULO IV

Bill Craig, *marshall* de Carter City, descendió precipitadamente la escalera del dormitorio del primer piso porque era la hora de relevar a su ayudante Ricky, que hacía el turno de noche aquella semana.

Se detuvo en seco en la acera, bloqueado el paso por un sujeto de enormes dimensiones, largos bigotes caídos y ojos de lechuza.

—*Marshal*.

Bill esbozó una sonrisa.

—Hola, alcalde.

—¿Sabe la hora que es?

Bill Craig fue a echar mano al reloj.

El alcalde interrumpió su movimiento con un rugido.

—¡No necesito que me lo diga, *marshall*! ¡Se perfectamente que son las nueve de la mañana!

—Usted preguntó…

—¡Le pregunté si sabía la hora porque siempre llega tarde a su turno!

Bill apretó las comisuras de los labios.

—Oiga, alcalde. Una oficina de *marshall* no es un cuartel.

—¡La puntualidad de un *marshall* debe ser mas rigurosa que la de un oficial del Ejército! ¿Acaso no vela por la seguridad pública, lo mismo que un soldado?

Bill empezó a dominarse para no mandar al diablo al alcalde.

Consiguió mantenerse sereno, a pesar de que el alcalde necesitaba una réplica en toda regla, desde hacía tiempo.

La verdad era que en Cárter City el alcalde representaba la máxima autoridad, por tradición en el condado. Aquel bigotudo de cien kilos de peso había sido elegido alcalde por su manifiesta

piedad, puritanismo y rectitud. También contaba su participación en los mejores negocios del condado.

Se alisó el bigote, y dedicó una mirada severa al joven *marshall*. Entrecerró el ojo izquierdo para parecer más penetrante.

—¿Dónde estuvo anoche, *marshall*?

Bill emitió una seca tos.

—¿Yo?

—Usted, *marshall*. ¿Dónde estuvo?

—Me acosté muy temprano. A las diez.

—Es una hora demasiado avanzada para un representante de la Ley, que debe estar fresco para prestar sus deberes públicos.

—Estoy bien fresco, alcalde.

—No es cierto. Se le ven los ojos cargados de sueño, enrojecidos, la pupila muy contraída por la luz del sol. Quizá concilio el sueño a deshora.

—La verdad es que esta noche los mosquitos me devoraron.

El alcalde resolló, aventando las guías del enorme bigote.

—¿Sabe que tengo una información acerca de su falta de sueño, *marshall*?

—¿Una información?

—Alguien, cuyo nombre no debo revelar, asegura que lo vio a usted a altas horas de la noche alternando con una mujer de las cabañas de los mejicanos.

—Es un infundio, alcalde.

—Me hablaron de una tal Carmela, muy descarada, a la que usted trataba con cierto desenfado, muy impropio de una autoridad.

Bill chascó la lengua.

—Sin duda, usted se está refiriendo a anteanoche.

—Anteanoche, ¿eh? Ya va saliendo.

—Me comprometí a cazar un búho para la señora Masterson, que quiere lucirlo disecado sobre la repisa de la chimenea. Entonces pasé cerca de las cabañas, y Carmela me pidió auxilio porque se había pinchado un pie.

—El confidente me habló de algo acerca de una pierna de Carmela en sus manos, lo cual rechacé por la terrible insinuación que implicaba. Pero ahora usted asegura…

—Carmela me traspasó su pie y yo trabajé en el talón para extraer la espina.

—No me gusta, *marshall*… Me da muy mala espina.

—Luego devolví el pie a Carmela y continué la caza del búho.

—¡Ajá! ¿Y cómo no cazó ningún búho para la señora Masterson?

Bill tuvo un breve acceso de tos.

—El condenado búho no se da bien esta temporada.

—¡El cond…! No utilice una palabra, tan propia de impío, *marshall*… Debe bendecirse todo lo que forma parte de la naturaleza porque tuvo un Creador. ¡Le recuerdo que vive en una comunidad piadosa, recta, observadora de los mandamientos!

—Sí, alcalde Gruber.

El bigotudo lanzó un doble chorro de aire por las narices.

—Vaya a su habitación, *marshall*. Pero le recuerdo que debe comportarse con moderación, o lamentaré tener que proponer su relevo del cargo.

—De acuerdo, señor Gruber.

El bigotudo Gruber compuso una mueca extraña, que Bill interpretó por una sonrisa. El equívoco se debía a la falta de costumbre de Gruber por sonreír. El tono también pareció paternal:

—Oiga, Craig. ¿Consideró la conveniencia de tomar estado?

—¿Tomar…?

—Casarse, *marshall*. Ya sabe que me opuse a que tuviéramos en la comunidad un *marshall* soltero. Pero como usted no es mal parecido, también llegué a la conclusión de que pronto se casaría con alguna piadosa muchacha del Condado.

—Contrólate, Bill —dijo.

—¿Cómo?

Bill carraspeó.

—Decía que debiera controlarme con una buena mujer.

Gruber pestañeó para descifrar la expresión del *marshall*.

—Usted ya sabe que tengo un montón de sobrinas por el condado. Hay una tal Elisenda que es un modelo de virtudes. Una muchacha de veinticinco años que se sonroja cada vez que habla. Es como si la hubiesen hecho para usted.

—Le tomaré medidas —prometió Bill.

—¿Cómo?

—Quiero decir… —carraspeó Bill aprisa—. Me refiero a que ya nos presentarán.

—La conocerá en nuestra próxima Convención de Familias

Puritanas. Tendremos «picnic», y los jóvenes saltarán a la comba, habrá juego de manos y adivinanzas. Es muy divertido. Y quizá, con un poco de suerte, usted simpatice con una de mis sobrinas y llegue a llamarme tío.

—Me ahorcaré primero.

Gruber dio un respingo.

—¿Qué murmuró entre dientes, *marshall*?

Bill lució la mejor de sus sonrisas.

—Dije que probaré suerte.

—Así me gusta. Usted es un chico listo. Promete. Tiene un gran porvenir por delante.

—Gracias, reverendo.

Gruber no modificó su sonrisa.

—Puede llamarme así porque en las Convenciones hago el papel de predicador. Mis sermones son muy comentados por el condado.

Bill abrió la boca para decir que los comentarios de los peones sin educación mencionaban cortar la lengua de Gruber, pero supo callar a tiempo.

Se separó del alcalde con un saludo, y empujó la puerta de la oficina, sintiendo que estaba bañado en sudor.

—¡Jefe! —rió Ricky Ferguson, el joven ayudante, de veintidós años.

—Hola, Ricky —gruñó Bill.

—Oí por el hueco de la ventana, y comprendo que le hayan amargado el día.

—Tú verás, Ricky.

El joven siguió riendo.

—No es la primera sobrina que intenta colocar el alcalde Gruber. ¿Cuál le recetó? ¿Pamela? ¿Cornelia? No lo oí bien.

—Elisenda.

Ricky frunció el entrecejo.

—No ha sido demasiado cruel con usted, jefe… Pero hay malas lenguas que aseguran que la robusta Elisenda se afeita el bigote con la navaja.

—No me hables de mujeres, Ricky. No es mi día.

—Ya le dije que descubrirían que usted andaba con Carmela. De nada le ha valido entrar por la puerta de atrás durante varias noches.

—Basta de tocar el punto, Ricky.

El muchacho bostezó.

—Eche una mirada a la fresquera, *marshall*.

Bill frunció el entrecejo.

Atravesó la oficina, recorrió el pasillo de las celdas y lanzó una ojeada a la celda más confortable.

Cerró los ojos al ver algo increíble, y luego los volvió a abrir con precaución.

La aparición continuaba sobre el lecho de muelles.

Se trataba de una preciosidad morena, de unos veintidós años, y cintura tan estrecha que daba la sensación de que las curvas de la parte superior estaban unidas a la parte inferior por un inevitable pivote, como en las avispas.

Bill emitió un silbido de ponderación.

—Ya está. Alguien con el corazón de oro nos envió esto para compensarnos por tanta austeridad… Gracias, donante anónimo.

La muchacha despertó, y saltó del lecho. Pestañeó con hilo de seda que flanqueaban sus párpados, y sus ojos profundamente negros revelaron una pizca de indignación:

—¡Por fin llegó el *marshall*!

Bill sonrió, encantado.

—De modo que me esperaba, ¿eh, primor? No se mueva de ahí. Pasaré a través de las rejas.

La muchacha lo interrumpió con un respingo:

—¿Qué tomadura de pelo…? ¡Tiene que ponerme en libertad! El estúpido de su ayudante se negó a hacerlo, después que fui detenida en la cantina «La Moderación».

—¿Detenida? —Parpadeó Bill.

La muchacha enrojeció de furia.

—Fui acusada de «espectáculo poco edificante».

Bill atrapó por el aire una bola de papel que le envió Ricky, y leyó los cargos que contenía el escrito.

Emitió un silbido, producido con los dientes y la lengua.

—Malo, primor.

—¿Qué hice de malo? —exclamó la muchacha.

—Los cargos mencionan una «danza paradisíaca, ostensiblemente provocativa, con exhibición de la protuberancia de la pierna denominada rótula, especialmente en los revuelos de la

falda que mostraba dos dedos más arriba de la mencionada parte anatómica».

La chica se aferró a las rejas.

—¿Quiere decir que me detienen porque enseñé las rodillas? —chilló.

—Las leyes del Condado son muy severas respecto a los espectáculos. Fueron aprobadas en 1720 y muchas de ellas continúan vigentes.

—¡Es ridículo!

—La Ley es siempre seria, muchacha —amonestó Bill, contemplando el embalaje de la muchacha que era un portento—. Lo que se dice muy seria.

—¡Quiero un abogado!

Bill rió amargamente.

—El abogado más próximo está a cien millas y es un viejo con cara de lagarto, que se horroriza cuando se mencionan estos delitos contra las buenas costumbres.

—Escuche, *marshall* —dijo impaciente la bella muchacha—. Fui contratada a través de la agencia de espectáculos. Tengo mi número «La danza de la Edad de Piedra». Ha sido un éxito en todas partes. Los *saloons* del Este hervían de aplausos cuando yo representaba mi número. ¿Qué culpa tengo de que me contrataran en este Condado?

—Sin duda hubo una mala interpretación del dueño de la cantina. Sam leería en la lista de variedades de la agencia la «Danza de la Edad de Piedra». Consideró que sería algo edificante. Luego resultó algo… bueno. Ya me entiende, primor. Algo alegre.

—No lo entiendo, *marshall*. Mi danza es muy seria.

—Sin embargo, la exhibición de rodillas es algo espantoso en este Condado. La vieja Ley prohíbe que «las féminas muestren la porción de extremidades inferiores más arriba del tobillo».

—Insisto en que es ridículo.

—Añade: «Las cómicas y juglares de la legua no deberán rebasar en sus actuaciones la parte denominada pantorrilla, con perdón. La exhibición de otras partes íntimas del cuerpo humano, como rodillas o más allá de las rodillas, será castigada con cinco azotes».

—¿Van a azotarme? —gritó la joven.

—Es una Ley de 1720 y debería ser cumplida al pie de la letra. Pero los vecinos del Condado aceptan un día de arresto, y en paz.

Se llegó a ese arreglo porque algunas detenidas enseñaban mucha espalda a la hora de los azotes y era peor el remedio que la enfermedad. Todos querían ser verdugos voluntarios.

La linda muchacha abrió y cerró la boca, acometida de furia.

—¿Quiere decir que voy a tener que permanecer encerrada en esta celda todo el día?

—Sí, Mag. ¿Se llama, así como dice la lista de cargos? ¿O se trata de su nombre de guerra?

—Mag Tyler. Ése es mi verdadero nombre.

—De acuerdo, Mag. Ahora pórtese bien y mañana por la mañana podrá abandonar la celda.

—¡No quiero pasar una noche más entre rejas!

—Está en la celda más cómoda del país.

—Pero es una cárcel. Jamás estuve en una cárcel.

—Ricky y yo haremos que esta celda sea un segundo hogar para usted.

—Usted y Ricky pueden irse al infierno. ¡Lo mismo que el resto de los habitantes del Condado y sus estúpidas Leyes!

—Modérese o tendré que imponerle una multa, Mag.

La muchacha boqueó, indignada, y finalmente se echó en el camastro y lo golpeó con rabia.

Bill sintió que se le ablandaba el corazón.

Influía un trozo de pierna que Mag mostraba fuera de la cama. Era un trozo que estaba muy castigado por el Código de 1720.

Extrajo la llave, pero escuchó el vozarrón del alcalde:

—¿Qué va a hacer, *marshall*?

Bill sonrió forzadamente.

—Asegurarme de que la celda está bien cerrada, alcalde.

—Excelente, *marshall*. Estas desvergonzadas deben ser castigadas con todo el peso de la Ley, o pronto nuestras costumbres se verían tan relajadas que sería…

—… Estupendo vivir en Cárter City —sonreía Bill.

—¿Qué está diciendo, *marshall*?

Bill volvió en sí, quedando muy serio.

—Dispense, alcalde. Me encontraba dentro de las garras de la tentación.

Gruber descubrió el trozo de pierna, y sus pupilas rodaron, sin control.

Empezó a ablandar el avinagrado rostro, pero de repente recuperó la formalidad y rugió:

—¡Obligue a esa mujer a conservar la compostura!

—Si está muy bien compuesta, alcalde.

—¿Qué dice, pecador?

Bill irguió el cuerpo y alzó la barbilla.

—Mag —carraspeó—. Le ruego que adopte otra postura más comedida en la celda. Hay hombres delante, primor… Digo, provocadora.

Mag se revolvió, furiosa.

Tuvo un gesto vengativo en su bello rostro.

Accionó la palanca de una pequeña caja de música y, de repente, se arrancó a bailar frenéticamente.

Mostró generosamente las piernas en sus evoluciones.

Bill, Gruber y Ricky quedaron convertidos en tres piezas de granito, los ojos brillantes, e idéntica sonrisa placentera en los labios. Incluso se apoyaron uno contra otro.

En aquella actitud los pilló la Comisión Pro Joven Descarriado, presidida por la esposa de Gruber.

—¡Morris Gruber! —exclamó la esposa del alcalde, al contemplar aquel denigrante espectáculo.

Morris volvió en sí, dando un rugido.

—¡Ahora queda bien patente la prueba de lo perniciosa que resulta la danza, *marshall*! ¡Ordene a esta mujer que cese inmediatamente en sus intemperancias!

—¡Como las balas, alcalde! —exclamó el ayudante Ricky, dejando caer una lona que había instalado para aislar a la detenida de miradas masculinas.

La señora Gruber era una mujer maciza, de ojos grises y fríos. Clavó las pupilas en Bill Craig.

—Volveremos cuando hayamos recibido al doctor Kenstein, *marshall*.

—¿El doctor Kenstein?

El alcalde se pegó una palmada en la frente.

—¡Cielo santo! ¡Se me había olvidado! ¡El célebre doctor Fidelius Kenstein está a punto de llegar!

La señora Gruber se dirigió a las damas que la acompañaban.

—Aprovecharemos la visita del genio de la Medicina para que,

entre otras cosas, examine a la detenida y trate de hallar una explicación a su tendencia al exhibicionismo, tan poco edificante. Ustedes saben que tengo una teoría. Hay que combatir al pecado y no al pecador.

Las damas de la Comisión Pro Joven Descarriado sonrieron con un gorjeo de pájaros.

Luego siguieron a la esposa del alcalde y salieron a la calle.

Gruber ya estaba afuera, esperando a la diligencia, que atracaba en el pequeño puerto formado por la acera de la estación de postas.

Llegó muy a tiempo para abrir la puerta a los viajeros, entre los que descendió un sujeto de unos cuarenta años, cabeza y hombros poderosos y ojos enormes y negros como dos esquirlas de carbón de hulla, que portaba una valija de doctor.

El recién llegado recibió una calurosa bienvenida por parte de los prohombres y damas de Cárter City.

Bill odiaba las ceremonias y envió a Ricky, con un gesto que lo puso en marcha.

A continuación, el *marshall* decidió comprobar lo perniciosas que resultaban cierta clase de danzas, y regresó a la celda.

Descorrió un poco el telón de lona, instalado por Ricky, y sonrió:

—Bueno, Mag. Prosigue con la danza, ahora que estamos solos.

Ella atrapó un cazo de hojalata y lo disparó sobre el *marshall*.

El cazo se abolló contra un barrote de hierro.

Mag comenzó a desgranar una sarta de improperios.

Bill devolvió el telón a su caída normal y dio media vuelta en dirección a la puerta.

—¿Quién entiende a las mujeres? —Chascó la lengua.

Echó una ojeada por la ventana y comprendió que nadie lo veía.

Extrajo un frasco oblongo del armario de las armas cuyo rótulo rezaba: «Aceite especial para recámaras de rifle».

Se echó un trago al coleto porque el contenido real era *whisky* de la mejor calidad.

El licor estaba prohibido en Cárter City, y había que tomarlo clandestinamente, por culpa de una Ley de 1701.

Una vez reconfortado por el «Aceite especial para recámaras de rifle», se palmeó el estómago.

Y acudió, resignado, a la ceremonia de bienvenida al doctor Fidelius Kenstein, que tenía lugar en la estación de postas.

CAPÍTULO V

El fugitivo Chad Adams había llegado a Lawrenville, después de sufrir muchas peripecias.

Había tenido que desvalijar a un viajero y cambiar sus ropas de presidiario por las del viajero.

Gracias a que entre la indumentaria había veinte dólares, pudo comer algo sólido al paso de una cantina.

También tuvo que sortear una espantosa tormenta.

Pero fue en su beneficio porque los perros rastreadores de la prisión perdieron la pista bien pronto.

Aunque tuvo que correr muchas horas con el agua hasta media pierna a causa de las inundaciones.

Ahora llegaba a Lawrenville, donde tenía que despachar a su primera víctima.

La víctima era uno de los dos socios de la viuda Patterson: Rody Perkins.

Se echó a reír, pensando en el maldito Rody Perkins.

En cierto modo, resultaba divertido «apiolar» a un tipo al que jamás había visto.

¿Cómo sería? ¿Sería gordo? ¿Flaco? ¿Inteligente o tarugo? Indudablemente, era una cosa: rico. Un tipo con dólares. Y nada odiaba tanto Chad Adams como un tipo podrido de dinero. Ellos tenían la culpa de que otros desafortunados como él, Chad, anduvieran de cárcel en cárcel y acabaran en la horca.

Bueno, ahora se presentaría ante el gran Rody Perkins, y le recetaría una ración de plomo caliente, que dejaría las cosas en su lugar.

El despacho de Rody Perkins estaba desierto, según pudo comprobar, después de un rato de observación desde la esquina de

enfrente.

Chad esperó a que un tipo grueso saliera de la oficina, y cuando consideró que Perkins estaría solo con sus libros de cuentas, atravesó la calzada resueltamente.

Pasó a través del hueco de la puerta, pero frenó en seco porque le dio la sensación de que se enganchaba la manga en algún saliente en forma de anzuelo.

Volvió la cabeza, y en vez de gancho, lo que sujetaba su manga era la zarpa de un gigantón, con aspecto de guardaespaldas.

—¿Adónde va, amigo?

Chad quedó con la boca abierta.

—¿Yo?

—No, mi tía la de Tijuana —sonrió irónico el guardaespaldas.

Chad carraspeó.

—Quiero vender unas reses al señor Perkins.

El grandullón llevó las manos a su estómago, y vomitó una carcajada casi en el mismo rostro de Chad.

Éste dejó caer la mano hacia la culata del «Colt», emitiendo un gruñido.

El guardaespaldas descubrió la acción de la derecha del recién llegado, aunque no dejó de reír.

—Trate de sacar el arma, y sin que sepa cómo, usted la encontrará en su esófago.

Chad apretó la culata.

—Un tipo duro, ¿eh?

—Me pagan para ello.

—Y no va a dejarme entrar a ver a Perkins.

—No. Perkins tiene demasiado trabajo para ser molestado por vendedores ambulantes.

—¿Quién es un vendedor ambulante?

—Usted —lo empujó el guardaespaldas con un dedo semejante a un garfio.

Lo que más odiaba Chad en el mundo era que lo tomaran por un vendedor.

Disparó la derecha a la cara del gigantón.

Sin embargo, aquel tipo estaba muy ducho en el cuerpo a cuerpo.

Antes de que la diestra de Chad llegara a su rostro, el grandullón

le cazó la mano y se la retorció.

Chad tuvo que seguir la torsión de la mano para evitar que el guardaespaldas le rompiera el hueso.

Sin saber cómo, se vio volando.

Gritó, por el aire, para darse ánimos.

Aunque no le valió de nada porque el suelo se fue acercando inexorablemente a su rostro.

De repente, sintió el choque en el testuz y la dolorosa conmoción se le transmitió hasta los talones.

Trató de incorporarse, emitiendo imprecaciones y vio muy cerca las botas del grandullón.

Entonces tuvo la mala ocurrencia de echar mano al revólver.

El guardaespaldas chascó la lengua y disparó la bota.

El impacto en la mano de Chad fue más brutal que la caída anterior.

Emitió un alarido y se sujetó la muñeca.

El hombrón se agachó para mostrarle el rostro sonriente y afable a la vez.

—¿Desea algo más el señor? ¿O ya lleva bastante?

—Paso —resolló Chad.

—Así me gusta. No hay nada como el diálogo para entenderse.

Chad avanzó a lo largo de la acera, emitiendo juramentos, rabioso y vencido.

Pero aún tuvo más dificultades.

De pronto, fue interceptado por el ser más odioso del mundo.

Un *sheriff*.

El tipo de la estrella era tan grande como un armario.

—Alto ahí, amigo.

Chad se detuvo en seco. El pánico empezó a dominarlo.

—Hola…, *sheriff*.

—¿Su nombre?

—Pat Parapopoulos.

—¿De dónde viene?

—De Maxim City.

—¿Ocupación?

Chad boqueó, sin poder decir nada, y espetó casi con un grito:

—¡Vendedor!

Los grises ojos del *sheriff* le inspeccionaron la última molécula.

—Usted atacó a Mike, el guardaespaldas del señor Perkins.
—Sólo quería vender mi producto.
—¿Qué vende?
Chad maldijo para sus adentros por insistir en lo de la venta.
Ahora tendría que estrujarse el cerebro para saber qué diablos estaba vendiendo.
—Linimento para los dolores. Vendo linimento.
—Su valija con los frascos.
Chad quedó petrificado.
—¿Qué?
—Lo oyó muy bien. ¿Dónde tiene el baúl con el género?
—Yo… ¡Eh! Lo perdí en el camino.
El *sheriff* cerró los ojos pacientemente.
—Tendrá que acompañarme, Pat.
—¡No puede detenerme, *sheriff*!
—¿De veras?
—¡No hice nada malo!
—Cierto, muchacho. Sin embargo, hemos recibido noticias de dos tipos fugados de la prisión de Fort Riley, y debo identificar a los desconocidos.
El terror ya no tenía disimulo en el rostro de Chad.
De repente, hizo lo que no debió hacer nunca.
Echó a correr.
El *sheriff* gritó:
—¡Alto o disparo!
Chad aumentó el ritmo de las piernas.
De repente, sonó un estampido como un cañonazo.
Adams sintió un alfilerazo de fuego en la pierna derecha.
Y notó, con horror, que perdía velocidad.
Estaba atrapado.
Se vio de regreso a Fort Riley.
Notó la cuerda en el pescuezo.
Súbitamente, rodó por el suelo.
El *sheriff* llegó a su lado, revólver humeante en la mano.
A la derecha se erguía un ayudante, con cara de púgil.
—Otro sospechoso, ¿eh, jefe?
—Regístralo y enciérralo hasta que recibamos su identificación. —Observó al caído y chasco la lengua—. ¿Por qué tuvo que correr,

hombre?

Chad ya no oyó ni sintió nada a partir de aquel instante.

Poco después se vio entre rejas.

El tiempo fue pasando, entre el estupor de Chad, que no podía ni pensar.

De repente, escuchó los pasos por el corredor, y comprendió que iban a notificarle el resultado de las gestiones por telégrafo. Él era Chad Adams, el fugitivo de la prisión de Fort Riley. La había pringado.

El tipo que se aproximó a la celda era un sujeto la mar de extraño porque el sombrero le cubría completamente el rostro.

Sin duda se trataba de algún abogado nombrado por la Corte para representarlo en el caso y justificar una paga.

El tipo del sombrero caído emitió una risita escalofriante.

Luego mostró un revólver a través de las rejas.

Chad abrió los ojos como platos.

—¡Horace!

Horace Hudson siguió riendo entre dientes.

—¿Verdad que debería asarte sin contemplaciones, Chad?

Adams boqueaba, aturdido.

—¿Cómo estás aquí? ¿Cómo pudiste escapar?… ¿Cómo?

—Una pregunta por vez. Y mejor si no haces ninguna.

Chad pasó la manaza por el rostro y la retiró empapada de sudor.

—No debí desmayarte.

Horace mostró su doble hilera de dientes puntiagudos y blancos.

—No debiste porque tuve que cargarme a dos guardianes y asar vivos a tres perros que me mordieron.

—Eres extraordinario, Horace.

Éste chascó la lengua.

—Luego me vengo aquí de cabeza. ¿Y qué descubro? Pues descubro a mi amigo Chad Adams metido en un buen lío. Eso descubro.

—¡Debes huir antes de que te atrapen! ¿Cómo lograste que te dejaran entrar?

Horace sonrió, divertido.

—Sencillo. Degollé al ayudante del *sheriff*.

—¿Cómo?

—Le tiré un cuchillazo desde la esquina, y ahora lo tienes convertido en una especie de esos escarabajos que coleccionan los sabios, clavados con alfileres. El chapoteo que oíste cuando entré es sangre.

—¡Huye antes de que sea tarde, Horace!

—¿Quién me corre, muchacho? Debo ayudarte a escapar.

—No merezco tu ayuda, Horace. Fui un bastardo, al traicionarte. Pero eres muy aficionado a matar y quise cortar por lo sano.

Horace rió, mirando hacia el despacho.

—Al que he cortado de veras es al ayudante con cara de boxeador. Le he puesto un cuello… ¡Qué cuello, madre mía!

Chad tuvo un escalofrío, al oír reír al loco Horace.

Este extrajo un llavero, y abrió la celda.

Un borracho comenzó a demandar su libertad, pero Horace alargó la diestra, con el «Colt» en forma de porra, lo cacheteó un par de veces y lo regresó al silencio.

—Hala, Chad. Remonta el vuelo.

Chad salió precipitadamente de la comisaría.

Debió andar con precauciones para no llamar la atención.

Pero el *sheriff* departía con una prima suya, que salía de la corsetería, y observó, atónito, la fuga.

Echó mano al «Colt» y atravesó la calle.

Horace emitió un silbido para que el *sheriff* no acribillara a Chad.

—¡Eh, sabueso, cara de sapo!

El *sheriff* se detuvo a medio camino. Se le vio estupefacto.

Horace lo provocó desde la misma puerta de la oficina.

—Acabo de despachar a su ayudante. Si usted quiere seguir viviendo, arroje el revólver y huya, levantando mucho los pies.

El *sheriff* era todo un carácter, y nunca creyó lo del ayudante.

Cuando Horace arrojó el cadáver por el hueco de la puerta, el *sheriff* desorbitó los ojos.

Disparó contra el asesino.

Horace dejó entrar dos balas y luego escupió las suyas por el cristal.

El *sheriff* fue empujado hacia la confitería, y murió, derribando una vitrina atestada de golosinas.

Horace salió a la calle, que ahora estaba completamente

desierta.

Cierto fulano salió de un local, revólver en mano.

Horace entrecerró un ojo y le mandó un perdigón gigante.

El tipo murió sin que Hudson supiera quién era. Siempre había héroes anónimos.

Chad se sujetaba la cabeza en la acera de enfrente, completamente atónito.

—¿Sabes lo que has hecho, Horace? —exclamó en el silencio de la calle.

—Aunque no es mi método, a veces hay que trabajar así. A la brava. Ahora vamos con Perkins.

El guardaespaldas de Perkins se echó un rifle a la cara y disparó desde la entrada.

—¡Cierre la puerta con llave, señor Perkins! —advirtió, voceando por la escalera, al comprender que la pieza era su amo.

Horace lo pasaba en grande, medio oculto detrás de unos sacos del almacén general, que reposaban en la acera.

Permitió que el guardaespaldas abriera fuego dos veces, y en uno de los quites, lo pescó.

Horace le dirigió un proyectil con mucha sabiduría.

El impacto se produjo en el centro mismo de la estrecha frente del guardaespaldas.

Éste cayó boca arriba. Muerto.

Horace entró en el vestíbulo, recargando el revólver, la cabeza vuelta a medias.

—Lo que más odio de estos pueblos del Oeste es la falta de colaboración, de los vecinos, en cuanto muere su *sheriff* del alma.

Chad entró en pos de él, tragando saliva.

—Si crees que podrás despachar a Perkins, después de tanto ruido, estás listo, Horace.

—¿Qué sabes tú, pequeño? —suspiró Horace, trepando por la escalera.

Chad percibió el ruido de muebles en el despacho del primer piso, y comprendió que el aterrorizado Perkins estaba amontonando todo lo que podía detrás dé la puerta.

Adams esbozó una sonrisa de mal humor.

—Bien, tipo listo. Veremos cómo despachas ahora a Rody Perkins.

—Entraremos por la ventana.

—No hay ventana —sonrió Chad, triunfal—. Conque el problema no tiene solución.

Horace suspiró, de buen humor.

—Siempre enseñando a la gente, infiernos.

—¿Qué vas a hacer para despachar a Perkins, en su fortaleza?

—¡Hombre de poca imaginación! —amonestó Horace.

De repente, enfundó el revólver y sacudió una pequeña caja dentro del puño.

Resultó ser la cosa más simple del mundo.

Una caja de fósforos.

Rascó uno y le pegó fuego a la cortina del corredor.

La arrancó, hizo una bola y la apoyó contra la puerta.

Luego, tomó del brazo a Chad y lo obligó a bajar la escalera.

—Y este cuento se acabó, Chad.

Adams llegó pestañeando a la calle.

Lo comprendió todo cuando escuchó los alaridos de Perkins.

El edificio estaba ardiendo.

CAPÍTULO VI

El ayudante Ricky entró muy alterado en la oficina y arrojó la placa sobre el escritorio del *marshall*.

—Eh, Bill. Aquí está mi dimisión.

Bill ladeó la cabeza, contemplando al ayudante.

—¿Tú dim…? ¿Es que vuelven los forajidos mejicanos?

—No, Bill.

—Entonces ha corrido la voz de un ataque de las pandillas indias.

—Frío, Bill.

—Por todos los diablos. ¿Quieres decir, de una vez, qué te pasa?

El muchacho tenía el rostro avinagrado.

—Pasaría por los peligros que acabas de mencionar, menos por el que me acecha personalmente.

—Ya. Imagino que el doctor Kenstein está buscando voluntarios para probar su vacuna contra la rabia.

—Peor que eso, Bill.

—¿Sí?

Ricky reunió fuerzas y dijo:

—El alcalde me acaba de dar el ultimátum. O acepto a su sobrina Gwendeline, o me invita a abandonar la ciudad.

Bill silbó.

—¿Gwendeline?

—¿La viste alguna vez?

Bill cabeceó, apenado.

—Confieso que es mucho peor que Elisenda, la que piensan adjudicarme a mí.

—Gwendeline es la bizca, la, corta de remos y ancha de caderas.

—Por favor, Ricky.

Ricky pegó un puñetazo en la mesa del jefe.

—¿Por qué tiene que imponernos un modo de vida, Bill? —gritó el muchacho—. ¡No tiene derecho a obligarnos a aceptar el lazo del matrimonio! ¡Ni debe ocuparse de nuestra hora de acostarnos o levantarnos!

Bill lo dejó desahogarse.

Ricky agregó otro puñetazo en la mesa y masculló:

—¡Estamos en un país libre, *marshall*! ¡No en la época de los feudales! ¡Y eso es el alcalde Gruber! ¡Un agrio feudal, con sus manías de moralidad!

—Sí, Ricky.

—¿Por qué no le enseñamos los dientes, Bill?

El *marshall* respiró hondamente.

—Por una razón de peso específico, muchacho. La oficina de Cárter City es la mejor pagada del Sur. Tú cobras lo mismo que un *sheriff* de cualquier condado.

—Sesenta dólares al mes.

—¿Qué te parece, Ricky? Yo recibo ochenta… ¡Ochenta! Una fortuna en estos tiempos de salarios tan bajos. ¿Crees que existe otra explicación para que aguantemos tanto, muchacho?

—Pero no me casaría con Gwendeline ni por todo el oro del mundo. Y ya sabes el poder de Gruber… ¡Coloca a todas sus sobrinas, quieras o no!

—Lo que debes hacer es no perder la calma, Ricky.

—¿De veras? Tú tampoco parecías muy tranquilo cuando Gruber te mencionó a Elisenda.

—Es que Elisenda es algo para perder la serenidad, muchacho. Comprobé, por otros testigos, que, efectivamente, se afeita el labio superior.

Ricky emitió una seca carcajada de escarnio.

Luego interrumpió la risa y pareció a punto de echarse a llorar.

—Estamos perdidos, Bill.

—Todo consiste en que presentemos juntos nuestras renuncias.

—¿Y dejar de ganar nuestra pequeña fortuna como autoridades?

—Apechugar o no apechugar. Ésa es la cuestión, según dijo Hamlet.

Ricky paseó, preocupado, por el despacho, y se detuvo ante el corredor de las celdas, husmeando el aire.

—¡Qué bien huele esa chica, infiernos!

—¿La detenida?

Ricky dio la vuelta, clavando una mirada aviesa en el jefe.

—Como si no te hubieses dado cuenta. Y te he sorprendido un par de veces cerca de la jaula. Unas veces con una taza de café en la mano. Otras con una manta. En fin, buscando motivos para pegar la hebra con Mag.

—Tiene mucho carácter.

—Quieres decir que te arrojó otros objetos como cazos, patas de taburete y demás. Yo me sentiría igual, en su lugar. Está privada de su libertad, por una Ley empolvada, anacrónica, inútil…

—Gruber le llama a eso demagogia, muchacho…

Con que ándate con ojo o te adjudicará a Roberta, la sobrina que usa peluca y dientes postizos.

—¡Ahg! —saltó Ricky en el aire, y salió de la oficina.

Bill se echó a reír.

Quedó serio, al ver entrar al doctor Kenstein, cargado con su pequeña valija.

—Hola, doctor.

—Quiero darle las gracias, *marshall* —sonrió Kenstein.

—¿Por qué?

—Usted se movió muy rápido para advertir a los poseedores de perros y demás animales susceptibles de contraer la hidrofobia. Prestaron su colaboración y vacuné a los animales y a los peones que han sido mordidos recientemente.

—No tiene importancia, doctor.

—Todo tiene su importancia, *marshall*. Sin su colaboración, yo habría encontrado a mi paso a gente reacia a la vacunación. Usted ha sabido convencerlos muy bien.

—¿Qué ocurrió con Hudson y Adams?

El doctor estaba limpiando los cristales de los anteojos, y se le escaparon de la mano.

Bill dio un paso rápido y los recuperó a medio camino del suelo.

El doctor Kenstein sonrió con una mueca forzada.

—Gracias, *marshall*. Son mis anteojos favoritos.

—No me contestó todavía acerca de Hudson y Adams, doctor.

Kenstein se humedeció los labios.

Aparentemente, estaba desconcertado. Pero en su fuero interno

entonaba una sarta de maldiciones porque no se explicaba por qué aquel *marshall* joven y alejado de la capital, estaba tan al corriente de ciertos pormenores.

—¿Usted sabe…?

—Naturalmente que sé, doctor. Recibí una confidencia acerca de dos sujetos fugitivos que habían matado a un prohombre llamado Rody Perkins. Pero sus desafueros llegaron a más. Asesinaron a las autoridades de Larenville y a tres vecinos. Fue una pequeña matanza.

Kenstein estaba sin habla.

Bill prosiguió:

—Gracias al telégrafo, he cambiado impresiones con mis colegas de los condados vecinos. Por fin hemos llegado a la conclusión de que los asesinos son Adams y Hudson. Dos condenados a muerte que escaparon de la prisión de Fort Riley.

Kenstein tenía la lengua pegada al paladar.

Su pausa dio lugar a que el *marshall* añadiera lo que temía desde hacía rato.

—La identificación fue posible por el prontuario que dieron los de Fort Riley. Aseguraron que Adams y Hudson se fugaron el mismo día que iban a ser ahorcados. Pero lo que más me llamó la atención fue que el doctor Kenstein saliera a colación en el asunto.

Kenstein adoptó una expresión de gravedad.

Era la única máscara que podía adoptar para disimular la excitación que sentía. Se dijo que debería permanecer tranquilo.

—Fue una extraña situación —murmuró.

—¿Sí, doctor?

—No es la primera vez que recabo el permiso de los directores, alcaides y jefes de ciertas instituciones para probar la vacuna en los reclusos.

—También sé eso, doctor.

Kenstein se pellizcó el mentón y se preguntó cuánto más sabría el joven *marshall*.

—En Fort Riley costó bastante que los detenidos Adams y Hudson se prestaran a la vacunación. El alcaide dudaba, pero sus dudas fueron disipadas por los propios condenados cuando solicitaron la prueba.

—Y usted los vacunó.

—Ensayé un virus experimental para perfeccionar la vacuna. Luego salí de la prisión y todo pareció marchar bien; Ya estaba a medio camino de esta ciudad cuando oí hablar de la fuga de los dos condenados. Me resultó muy chocante.

—¿Por qué?

Kenstein boqueó un segundo. El *marshall* parecía arañar cualquier saliente de sus palabras para interrogarlo. Volvió a preguntarse cuánto y qué sabría del asunto.

—Resultó chocante por el abatimiento de los hombres, *marshall*. No parecían proyectar su fuga.

—Eso es lo grande, doctor. Parece como si su vacuna les hubiese dado nuevas esperanzas.

Kenstein sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

El *marshall* acababa de encontrar un fallo en el simple comentario. Si él, Kenstein, los halló abatidos, algo pasó cuando se relacionaron con él, la víspera de la fuga. Seguro que el *marshall* se estaba preguntando qué pudo ser.

Kenstein lo observó con el aliento contenido.

El *marshall* estaba ceñudo y no se estaba preguntando nada. Iba a preguntar algo mucho peor.

—Diga, doctor —murmuró, arrugado el entrecejo—. ¿Lleva usted en su valija ácido nítrico?

Kenstein apretó con fuerza el asa de la valija, por el instinto de agarrarse a algo, ahora que estaba a punto de caerse.

—Yo… —Forzó una sonrisa—. ¿Insinúa que mezclé mi vacuna con ácido nítrico? Así, cualquiera curaría la hidrofobia, *marshall*.

Bill comprendió que Kenstein hacía un chiste, porque lo premió con una carcajada.

—Lo dije porque los presos huyeron cuando alguien les proporcionó un frasco de ácido nítrico. Y ello debió ocurrir precisamente después de que usted los visitó.

—¿Cómo?

Bill Craig se rascó tras la oreja.

—Soy aficionado a la investigación, doctor… A los enigmas.

—Es su profesión.

—Y me pregunto cómo pudieron conseguir un frasco de ácido nítrico y dos revólveres, si nadie había tenido contacto con los condenados, desde un par de semanas antes.

—Quizá aquella noche llegó el momento de dar el golpe.

—Usted dijo que la expresión de los condenados era de sumo abatimiento. ¿Cree que podrían estar tan alicaídos, si poseían un frasco de ácido y dos cañones portátiles del 45?

Kenstein sufrió un acceso de pánico cuando el labio inferior comenzó a temblarle ostensiblemente, sin poder dominarlo. Tuvo que hacerlo a mano, pero se preguntó si el aparentemente distraído *marshall* Craig no habría notado el temblor del labio.

Bill Craig sonrió.

—Ande, doctor. Deme una explicación, usted que conoce el mecanismo del hombre.

—Conozco bien las reacciones del cuerpo del hombre, pero no las de su alma. Y el alma de esos individuos es muy complicada, *marshall*. No me explico cómo los encontré tan hundidos si pensaban escapar unas horas más tarde.

—Tampoco yo, doctor. Tampoco me lo explico… Y celebro que seamos dos.

Kenstein apretó los maxilares, ya más dueño de sí mismo.

—¿A qué conclusiones ha llegado, *marshall*?

Bill respiró con fuerza, pellizcando el puente de su nariz, como acometido de sueño retrasado.

—Premisas equivocadas conducen al absurdo en las conclusiones. Es una ley de la lógica. Y seguro que me equivoco porque la explicación del asunto es muy absurda.

—¿Sí?

—Usted les proporcionó el ácido y los revólveres.

—¡*Marshal*!

Bill se echó a reír.

—Era para demostrarle lo absurdo del planteamiento de un asunto, doctor. Aunque existieran todas las evidencias del mundo, resultaría inadmisible que usted facilitara la fuga de dos asesinos.

—Exacto, *marshall*.

—Por eso la cuestión sigue en el misterio, y algún día se aclarará.

Kenstein respiró fuerte, sin pretender disimular su alivio.

—Ustedes, los sabuesos, son capaces de ver un culpable en cualquier parte. Ya me veía yo implicado en la fuga, así por las buenas.

Bill rió, palmeando la espalda del doctor, quien acudió hacia la puerta.

—Olvídelo, doc.

—Lo que no olvidaré es su colaboración en la campaña de vacunación de bestias y personas sospechosas de haber contraído la enfermedad.

—Está resultando una plaga estos días, doctor —dijo Bill, ceñudo.

—Opino que debe producirse entre los perros vagabundos que son mordidos por los coyotes rabiosos.

—Coyotes rabiosos. Oí hablar mucho durante estos días, doc.

—Mi vacuna atajará, de un golpe, esa plaga.

—El cielo le oiga —dijo Bill, ya en la puerta para despedirlo.

Kenstein llevó dos dedos al ala del sombrero, y se alejó por la acera.

Bill lo observó distraídamente, y llegó a la conclusión de que el día era muy cálido porque el doctor sacó un pañuelo al llegar a la esquina y comenzó a enjugarse el sudor del rostro, garganta y pescuezo.

Estaba tan absorto, que no identificó la voz femenina, que dijo en el mismo hueco de la puerta:

—Con su permiso, *marshall.*

Bill se hizo a un lado y murmuró un saludo.

De repente, dio un respingo al reconocer los tobillos y la silueta de la muchacha que ya se alejaba por la acera.

—¡Mag!

Echó a correr y la detuvo por el brazo.

Mag dio la vuelta y alzó la barbilla.

—No se atreverá a devolverme a la celda.

—¿Qué te inspira eso, Mag? Regresarás allí.

Ella sonrió, irónica.

—Me resistiré. Tendrá que tomarme en brazos, y ello resultará muy poco edificante en esta ciudad.

Bill se humedeció el labio inferior.

—Me arriesgaré a la murmuración, encanto.

Mag puso los brazos en jarras.

—Ya puede conducirme a la celda. No será por mi propio pie.

—¿Cómo diablos escapaste?

—Fue un truco.

Bill dio un respingo.

—¿Ácido nítrico?

Mag pestañeó, sin comprender.

—¿De qué habla, *marshall*? Volé por mis propios medios. Esperaba que hiciese la vista gorda, ya que había sido tan lista para escapar.

—Nunca hago la vista gorda a ciertas cosas.

—¡Eh! Aparte su mirada pecaminosa de sobre mí y permítame largarme de este monasterio llamado Cárter City. Cuando se enteren de que no estoy en la celda, me hallaré a cien millas de aquí.

—Lo lamento, Mag.

—¿Va a llevarme a la fuerza?

—¡Qué remedio!

Mag inspiró aire con fuerza y emitió un chillido.

Los transeúntes se volvieron, abriendo los ojos como platos.

Bill levantaba a Mag por la cintura y se la cargaba al hombro.

Como ella trataba de golpearlo en el pecho con las rodillas, Bill disparó una palmada en la cadera de la joven y entró resueltamente en la oficina.

—¡Me pagará esto muy caro! —gritó al ser devuelta a la celda.

Bill cerró con llave y examinó el estado de la cerradura.

Encontró una horquilla de pelo en el agujero y comprendió que Mag era un as para aquel trabajo de ganzúa.

Luego comprobó que la silueta de Mag respondía a lo que un instante antes le había revelado el tacto.

—Admirable —dijo.

—¡Sáqueme de aquí! ¡Sáqueme!

Bill repasó el escultural cuerpo de Mag y se dijo que no halló una mujer más bella en su vida.

—La verdad es que voy a influir para que le den una condena a perpetuidad.

—Muy gracioso.

—Mag, no tengo nada contra ti. No hagas las cosas más difíciles.

La voz femenina adquirió, de pronto, un ronroneo sospechoso.

—Es usted quien lo pone todo difícil, *marshall*. —Ella sacó los brazos y los echó al cuello de Bill. Éste comprendió que el súbito cambio de Mag no había sido otra cosa que una sucia trampa. Pero

fue tarde.

El vozarrón del alcalde Gruber sonó, prepotente, en el corredor de las celdas:

—¡*Marshal*! ¡Lo pillé con las manos en la masa! Bill soltó la cintura de Mag, como si quemara, y sacó las manos entre los barrotes.

Gruber mostró los dientes en una furiosa ironía.

—¡Sabía que esta mujer era una tentación demasiado fuerte para un *marshall* soltero!

—Ya… Y por eso se la va a recetar usted, que tiene mejor aguante, ¿eh, viejo carnívoro?

Los ojos de Gruber se desorbitaron.

—¿Qué está diciendo, Craig?

—Estoy de sus mojigaterías hasta la cresta, alcalde.

Gruber boqueó porque nunca le hablaron así. Le faltaba el aire.

Bill agregó, ahora dándole unos golpecitos en el pecho:

—Y desde ahora le advierto que me acostaré a la madrugada, beberé licores espirituosos y me lavaré los pies con el jarabe de grosella que nos regala para satisfacer el apetito de nuestros sentidos dados al pecado.

Gruber cerró los, ojos y sacudió la cabeza, incapaz de creer lo que escuchaba.

Bill tomó la puerta y se volvió para agregar:

—En cuanto a sus aficiones de casamentero, le aconsejo que se dedique a emparejar las reses de su rancho en vez de tratar de colocar a sus preciosas sobrinas a Ricky y a mí.

Gruber recuperó el resuello.

Pero fue demasiado tarde porque Bill Craig cerró de un fuerte portazo.

CAPÍTULO VII

Chad Adams entró en la cantina de Corcoran Creek, y se dirigió al rincón más alejado de la puerta.

—Imposible cargarse a Blend Morgan, Horace.

Éste parecía dormir bajo el ala de su sombrero, pero cuando levantó el ala, sus ojos eran tan redondos como los de un mochuelo.

Sonrió, mostrando únicamente las puntas de los dientes.

—¿Por qué, Chad?

—Totalmente imposible.

—No hay nada imposible en este mundo, Chad.

—Agárrate, muchacho. ¿Sabes que Blen Morgan viene a esta ciudad con frecuencia para la compra de reses?

—Ya lo dijo el doctor. Por eso estamos aquí. Para pillar a Morgan en este ambiente alejado y facilitar las cosas.

—Buena la hemos hecho, Horace. Te dijo que te agarraras porque te caerías al saberlo.

—¿El qué?

—Cierta pandilla de cuatreros que domina el mercado de reses en esta ciudad se la tiene jurada a Blend Morgan.

—No me digas.

—Sí, Horace. El resultado es que Blend Morgan ocupa ahora una especie de fortaleza, en vez de su habitual despacho. Un edificio gris, que sirve para reunir al Ayuntamiento de Corcoran Creek. Las autoridades locales montan guardia en torno a Blen Morgan. Pero no es todo. También los numerosos muchachos que trajo Morgan para la compra de reses están patrullando los alrededores y no dejan aproximarse a nadie al edificio gris.

—Muy interesante, Chad.

—¿Interesante? —exclamó Chad, con un gallo en la voz—. ¡Si

no podemos despachar a Blend Morgan, el doctor dirá que no cumplimos el trato! Será capaz de dejarnos morir, sin la vacuna compensadora… ¿Sabes lo que es morir como un perro rabioso, Horace? Uno comienza a sentir fiebre, da diente con diente, tiene los músculos en tensión, comienza a sentir la boca llena de saliva. Pero no es saliva. Es espuma. Una terrible espuma que luego no cabe en la boca y se sale a borbotones. Después, entran unas ganas locas de morder lo que sea. Después…

—Cierra el pico, Chad. Debo pensar.

—¿En qué vas a pensar, infiernos?

—Quiero saber cómo va a morir Blend Morgan.

—¿Cómo va a…?

—Sí, Chad. Hay que montarlo de modo que parezca que fueron los tipos que quieren su piel. Esos cuatreros. Nosotros quedaremos al margen del asunto y no nos relacionarán con la muerte del tipo.

—En Lawrenville armaste un desaguisado por todo lo alto, y aquí te pones en plan sigiloso. No lo entiendo.

—Hay que empezar a retirarse hacia el anonimato, Chad. Eres duro de mollera y no lo asimilas bien. Pero es hora de que iniciemos el rumbo hacia Cárter City para entrevistarnos con el doctor. Conviene que acudamos a aquella ciudad sin dejar rastros. Sin que nadie nos acose. Ya terminó la hora de divertirse.

Chad pestañeó, incrédulo.

Éste interrumpió el hilo de los pensamientos de Chad, haciendo sonar los dedos.

—Ya lo tengo, Chad.

—¿El qué?

—El truco para entrar en el edificio gris y mandar a Morgan al otro mundo. Iré yo solo. Es un trabajo de especialista y tú enredarías demasiado.

—Como quieras, Horace. Aunque me da la espina que vas a fallar.

—Vamos, y te convencerás de lo contrario, Chad.

* * *

Blend Morgan era un hombre de treinta y cinco años, fornido, alto, con muchas entradas, de frente ancha.

—¡Ya me cansé, infiernos! —gritó.

El *marshall* local, Samuel Fall, dio un respingo.

—¿Qué quiere decir, señor Morgan?

—Que estoy harto de estar aquí encerrado.

El hombre de confianza de Blend Morgan, Lou Trent, preguntó, inquieto:

—¿Qué quiere que hagamos, señor Morgan?

—No puedo estar escondido como una vieja. ¿A qué vine aquí, Lou?

—A comprar reses, y es lo que hará mañana. Lo tenemos todo preparado para que la operación resalte un éxito. Usted no tiene que preocuparse de nada.

El *marshall* sacudió la cabeza y dijo, conciliador:

—Lou tiene razón, señor Morgan. Él y yo nos ocupamos de todo. Esos cuatreros van a pasar la mano por la pared. Se podrá hacer la operación y embarcará las reses sin ninguna dificultad.

—¡No me han entendido! —dijo Blend Morgan, paseando por la habitación—. ¡Ninguno de ustedes me ha entendido!

El *marshall* y Lou cambiaron una mirada de perplejidad.

Blend Morgan se detuvo a media distancia entre los dos hombres, y dijo:

—Soy un hombre que tiene poder. ¿O no lo tengo?

—Claro que lo tiene —opinó Lou Trent.

—Pero no he podido ir al teatro.

—¿Ha dicho teatro?

—¿Es que eres sordo? Al pasar vi el anuncio de esa compañía que actúa en el Golden. Están representando «El Hijo de Dos Madres».

El *marshall* dio un respingo.

—Eh, señor Morgan, ¿a usted le gusta el folletín?

—No, no me gusta el melodrama. Lo que me gusta es la intérprete.

—¿A cuál de las madres se refiere, señor Morgan?

—A la rubia. He visto su fotografía y es algo sensacional. ¿O me va a decir que todo es truco?

El representante de la ley en Corcoran Creek carraspeó.

—No, le puedo asegurar que no. Esa chica, Lauren Taylor, es sensacional, y tiene unas medidas que asustan.

—¿Ya la midió usted?

El *marshall* tuvo un acceso de tos.
—Con la mirada, señor Morgan.
—Muy bien. A mí me gustaría también tomar esas medidas y no con los ojos.
Las palabras de Blend Morgan fueron acogidas con risas por el representante de la Ley.
Sin embargo, Blend Morgan estaba muy serio.
—¿Quiere ir al teatro?
—Sí.
—No puede ir.
—¿Por qué no?
—Usted sabe por qué, señor Morgan. Esa pandilla de cuatreros que capitanea Amos Drury le pidió dos mil dólares por dejarlo en paz. Usted se negó a pagar y ellos aseguraron que lo matarán, por haber rechazado su petición. Es por lo que hemos montado esta guardia aquí. No puede ir al teatro, señor Morgan. Es el mejor lugar para cometer un asesinato. Recuerde a Lincoln. Él era el presidente de Estados Unidos y se lo cargaron precisamente en un teatro.
—Pero Lincoln no sabía que lo iban a matar, y yo estoy preparado.
—Señor Morgan, en un teatro se pueden meter una docena de asesinos o más, sin que sea posible vigilarlos. Les basta con adquirir su localidad.
—Quiero ver a Lauren Taylor.
Lou cabeceó.
—Eso tiene arreglo. Yo me ocuparé de que venga aquí, después de la función.
Morgan entornó los ojos.
—Maldita sea, quería verla actuar.
Lou sonrió con ironía, mientras decía:
—¿No le parece mucho mejor que actúe para usted solo? Además, habló de tomarle las medidas y para una cosa como ésa, creo que es mejor que el objeto que se mide esté muy cerca para que no haya posibilidad de error.
Blend Morgan lanzó una estruendosa carcajada, y golpeó en la espalda de Lou.
—Tienes razón, Lou. Aunque me hubiese gustado ver «El Hijo de Dos Madres».

—No se preocupe por eso. Arreglaré la cosa con Lauren Taylor para que represente para usted la escena cumbre de la obra. Dígame, *marshall*, ¿cuál es la escena cumbre?

—La que hay al final del primer acto, cuando Lauren Taylor confiesa al hombre de sus sueños y al que no ve desde hace seis años, que ha tenido un hijo de él.

Lou guiñó un ojo a su patrón.

—¿Ha oído, señor Morgan? Es un dúo, pero no traeremos al actor. Ella representará el papel y le hablará a usted como si fuese el padre de ese hijo.

Morgan sonrió untuosamente. La idea le había gustado mucho.

—Lárgate, Lou, eres el tipo de ideas más ingeniosas.

—Gracias, señor Morgan.

—Por algo te tengo conmigo. Siempre elijo bien.

—Eso me obliga a recordarle que nuestro contrato terminará dentro de tres meses.

—Lo prorrogaremos.

—Lo siento, señora Morgan. Pero tengo ofertas mejores.

—Yo igualo la oferta mejor.

—Muy amable, señor Morgan.

—Pero ya hablaremos de eso en otro momento… ¿Eh, Lou? Anda, ve al teatro a hablar con Lauren Taylor. Ya tengo ganas de tenerla entre mis brazos, quiero decir, de ver cómo representa su comedia… ¡Ah! La cena de compromiso. Ya sabes. Lo mejor y mucho champaña.

El *marshall* Samuel Fall se sentía furioso. Había escuchado aquella conversación mientras le corroía el odio. A él le había gustado también aquella maravillosa actriz que se llamaba Lauren Taylor. Y ya había tenido varias escenas con ella, aunque siempre dentro del protocolo, pero cada vez avanzaba un poco más y había tenido la esperanza de que Lauren y él ligasen una de aquellas noches. Pero ahora se interponía un hombre en su camino, y un hombre terrible, porque poseía dinero a manos llenas y que ahora era mucho más poderoso porque uno de sus socios, Rody Perkins había muerto. Y el cretino de su ayudante le había dicho que el dinero no lo podía todo.

CAPÍTULO VIII

Blend Morgan examinó la mesa que ya estaba dispuesta para la cena.

—¿Algún detalle? —preguntó Lou Trent.

—Ninguno. Lo has hecho perfecto, como siempre. Eres insustituible, Lou.

—Muy amable, señor Morgan.

—Bueno, falta lo más importante. Ella. ¿Cuándo viene?

Lou consultó su reloj, que sacó del bolsillo del floreado chaleco.

—La función ha terminado ya. No debe tardar mucho.

—¿Diste orden a los hombres de que la dejen pasar?

—Claro. Lo saben. Bastará que diga que viene a verlo a usted.

—Entonces, será mejor que te largues ya.

—Estaré en la habitación del lado.

—¿No sería mejor que te fueses a la cantina más próxima? También tienes derecho a divertirte, Lou. La vida es corta.

—Prefiero quedarme aquí, señor Morgan, quiero decir en la otra habitación.

—Por mi seguridad, ¿eh?

—Sí, todas las precauciones son pocas. Ya sabe cuál es mi lema. Hay que estar prevenidos.

Morgan le pegó una palmada en la espalda.

—Está bien, Lou. Puedes retirarte.

—Le deseo una buena velada.

—Yo voy a hacer todo lo posible.

—Estoy seguro de que la señorita Taylor pondrá el otro cincuenta por cien. Se sintió muy bien dispuesta cuando le hablé de usted.

Lou hizo una inclinación y desapareció por una puerta lateral.

Al quedar a solas, Blend Morgan se frotó las manos. Aquella noche prometía ser sensacional. Iba a tener a Lauren Taylor.

Entornó los ojos, recordando la fotografía del teatro. Lauren Taylor era soberbia, única.

En aquel momento llamaron suavemente a la puerta.

Morgan echó a correr, pero se detuvo en el último momento. No debía dar a entender a la actriz que estaba ansioso de su presencia. Eso, en las situaciones amorosas, era un fallo, casi siempre irreparable.

Abrió la puerta sin prisa.

Al otro lado vio una figura de mujer. Pero la cara de ella estaba cubierta con un velo. Detrás se hallaba el guardián.

—Señor Morgan —dijo—. ¿Es la joven que esperaba?

—Sí, Harold. Adelante, señorita Taylor.

La mujer se metió en la habitación.

Blend Morgan estaba muy emocionado, aunque le pareció que la figura de Lauren Taylor no era tan fascinante como la de la fotografía. Bueno, eso sería cuestión del vestido. Además, debía tener en cuenta que en las fotografías se exageraba la silueta para impresionar al público. Su hombre de confianza, a Lou, al regreso del teatro, había dicho que Lauren Taylor era una de las mujeres más estupendas que había conocido. Y Lou no lo podía engañar. Era un buen conocedor de la mercancía.

—Señorita Taylor, le agradezco mucho que haya venido.

Lauren soltó una risita, pero siguió de espaldas a él.

Bien Morgan era rápido y seguro con las mujeres. Para ello ponía en práctica su táctica personal. Nada de remilgos. Primero unas palabras de educación, las correctas, y luego al ataque.

—Lauren, ardía en deseos de encontrarme a solas con usted. Naturalmente, usted preguntará por qué no he ido al teatro, y yo podría decirle que me lo han impedido mis muchas ocupaciones, pero no sería cierto. Lauren, yo no podría compartirla a usted con un centenar de personas. Desde que la conocí, pensé que sólo podría estar satisfecho si la tenía únicamente para mí.

Morgan quedó satisfecho de aquellas palabras… Había estado acertado. Pero eso no era nada raro en él. Muchas mujeres quedaban encantadas, después de escucharle.

Su visitante soltó otra risita y movió los hombros coquetamente.

Morgan se dijo que, después de aquella larga tirada, era el mejor momento para entrar en acción.

Echó a andar hacia ella y la cogió por los hombros.

Sintió que ella se estremecía. Eso era buena señal. Quería decir que Lauren Taylor era tímida.

—Lauren, su cabello huele a yerba del bosque… Y me agrada. No es como otras mujeres que se ponen perfumes franceses. Usted huele a la madre naturaleza, que es para mí el mejor olor del mundo, y por eso me gusta el olor de las vacas.

Ella movió la mano hacia atrás y le soltó un pescozón en el hígado.

Morgan soltó un grito, porque el pellizco había sido bastante fuerte. ¡Demonios, aquella mujer tenía unos dedos como garfios! Pero eso era maravilloso porque significaba que en el amor sería como una pantera.

La besó en el cogote y ella se echó a reír.

—Te hago cosquillas, ¿eh, Lauren?

—Sí —contestó la besuqueada, con una voz aflautada.

—Lauren, quiero verte la cara.

La cabeza de la señorita Taylor se movía a derecha e izquierda en sentido negativo.

—Sé que eres preciosa, Lauren. Deseo extasiarme con tus hermosos ojos. Seguir con mis dedos el trazado de tus cejas… Contemplar tus labios rojos…

Ella se dio entonces la vuelta.

Morgan sonrió.

—¿Te vas a quitar el velo?

Ella dijo que sí con la cabeza y se quitó el velo.

Morgan se quedó como un tótem indio. Delante de él vio una cara con unos ojos que brillaban como charcos de agua sucia, unas cejas espesas, con algunos pelos blancos, unos labios como morcillas…

—Usted no es Lauren.

—No. Mi nombre es Horace, según me dijo mi mamá.

—¿Horace? Horace Taylor, ¿eh? El hermano de Lauren. —El ranchero estaba asustado—. Le juro que yo no le quería hacer nada a Lauren. Sólo la quería traer aquí para… para…

—Para que ella le enseñase a hacer ganchillo.

—Soy un tipo muy aventajado para las labores del hogar.

—¡Qué casualidad! Yo también me dedico a las labores del hogar. Concretamente, a la cocina.

Diciendo eso, Horace exhibió un cuchillo carnicero.

Morgan vio la hoja, y sus ojos aumentaron de tamaño.

—Aquí no hay cocina, Horace. Pero hay un hermoso pollo. Usted lo trinchará, ¿eh? ¡Vaya que sí! ¡Quiero que lo pase en grande!

—Me gusta hacer mis trabajos con animales vivos.

—¿Animales vivos? —repitió Morgan, y se quedó de muestra.

—Sí, Morgan. De sangre caliente.

—Pues ahora mismo ordeno que le traigan un pato.

Morgan fue a correr hacia la puerta porque su instinto le decía desde hacía rato que tenía que hacerse humo. Pero Horace lo alcanzó de dos zancadas y lo agarró por el cuello.

—Si no le importa, señor Morgan, prefiero el cerdo.

—Oh, claro que sí. Ahora mismo mando que le traigan toda una piara.

—Con uno tengo bastante.

—Pues le traerán uno.

—Prefiero el que tengo en las manos ahora.

Morgan sintió que todo su cuerpo se convertía en carne movediza.

—Horace, no sé de qué me está hablando.

—De usted. Lo sabe desde hace rato. De usted.

—Pero ¿qué quiere? ¿Qué pretende?

—¿Usted qué supone?

—Entiendo. Fue pagado por los cuatreros… Pero esto lo vamos a arreglar entre usted y yo.

—¿De veras?

—No sé cuánto le habrán pagado, pero yo le voy a pagar mucho más, Horace. Le daré mil dólares si se marcha de aquí, ahora mismo. Estoy seguro de que ellos no le pagaron tanto.

—No. Eso es cierto. Pero no hay arreglo.

—Dos mil.

—Nada de nada.

—¿Cuánto quiere? ¡Pídamelo!

—Ni un centavo, señor Morgan. En este trato no hay dinero por

medio.

—Pero no comprendo…

—No hace falta que usted comprenda.

Morgan recordó a Lou Trent, que estaba en la otra habitación. Sólo tendría que dar un grito y Lou acudiría en su auxilio.

Sin embargo, Horace Hudson adivinó su intención y bajó la mano armada con el cuchillo.

La hoja de acero se hundió en el cuerpo de Blend Morgan como en un bloque de manteca.

Y luego se hundió tres veces más.

* * *

En la habitación del lado, Lou Trent oyó que la puerta se abría y vio entrar al *marshall* Fall.

El representante de la Ley se apoyó en la pared y mirando la puerta adyacente que comunicaba con la habitación de Blend Morgan, dijo:

—Los hay con suerte, ¿eh, Lou? Ahí tiene usted a su patrón pasándolo bomba con una mujer como Lauren Taylor.

—No se queje. Usted también tendrá diversión de vez en cuando.

—Pero no con Lauren Taylor.

En ese momento entró un hombre.

—Eh, señor Trent, acaba de llegar la otra.

—¿A qué otra te refieres, Bill?

—A otra mujer que dice llamarse Lauren Taylor.

—¿Qué broma es ésta? Hace un rato dijiste qué había llegado la mujer que el patrón esperaba.

—Sí, fue lo que dije y por eso creo que esta vez se trata de una trampa. ¿No le parece? Yo, la verdad, estoy hecho un lío.

En ese momento oyeron voces femeninas y apareció en el hueco una joven de gran belleza y cuerpo perfecto.

El *marshall* dio un respingo.

—Eh, Lou, ésta es Lauren Taylor —dijo.

—¿Cree que no lo sé, *marshall*? Estuve hablando con ella.

Los dos a una dirigieron la mirada hacia la puerta adyacente, y los dos al mismo tiempo echaron a correr.

El *marshall* llegó antes que Lou y abrió de un tirón.

Blend Morgan se hallaba tendido en el centro de la estancia, en medio de un charco de sangre.

La ventana estaba abierta y los visillos flotaban, impulsados por la brisa.

—¡Dios mío! —exclamó Lou Trent, con los ojos fijos en el cadáver de su patrón.

—Han dejado un mensaje —dijo el *marshall*. Lo cogió, y tras una pausa, leyó en voz alta—: «Ahí lo tienen para que hagan salchichas».

—¡No comeré embutido en toda mi vida! —gritó Lou Trent, y se dejó caer en un sillón.

CAPÍTULO IX

Bill Craig estaba sentado tras su mesa en la comisaría cuando la puerta se abrió de golpe y su ayudante Ricky Ferguson entró precipitadamente en la estancia.

—¿Dónde es el fuego, muchacho?

—Se trata de algo peor que eso, jefe. La guillotina.

—¿Quién ha puesto una guillotina en la calle?

—Déjate de tonterías, Bill. Sabes a lo que me refiero. El alcalde Morris está hecho una fiera, hablando de todo el mundo acerca de tus extralimitaciones.

—No me digas —dijo Bill, con sorna.

—Va a convocar a las fuerzas vivas.

—Que las convoque.

—Va a poner toda la ciudad patas arriba.

—Ya espero ese momento.

—Querrá nuestra dimisión… ¡Nos la exigirán!

—¿No era eso lo que tú querías, Ricky?

—A mí me importa un pepino ser ayudante de *marshall*. Lo digo por ti. Tú has nacido para eso. Sé el apego que le tienes a la profesión.

—Muy bien. Voy a suponer, por un momento, que el alcalde consigue que yo dimita. Hay muchos pueblos en el país, y en alguno de ellos necesitarán un *marshall*.

En aquel momento oyeron gritar a Mag Tyler.

—¡Eh, *marshall*, sáqueme de aquí! ¡Ya pasó mi condena!

Bill dio un suspiro, cogió el llavero y se dirigió hacia el pasillo.

Mag estaba al otro lado de los barrotes.

—¿Es que se durmió, *marshall*?

—No, no me dormí.

—Pues, entonces, abra esta puerta.

Bill metió la llave en el ojo de la cerradura y la hizo girar.

—Estás libre, muchacha.

Mag salió, pero se detuvo ante el *marshall*, con los brazos en jarras.

—*Marshal*, hay algo que me inquieta.

—¿Qué cosa?

—Usted está en contra de esas leyes absurdas que se votaron en el siglo XVIII acerca de las buenas costumbres, brujería y otras artes mágicas.

—Es posible que lo esté.

—Nada es posible. Usted ha peleado con el alcalde. Lo oí todo, desde aquí. Sin embargo, usted me detuvo porque al bailar enseñé la rodilla. ¿Cómo concibe todo eso?

—Te lo voy a decir. No me gustó el lugar donde Ricky te sorprendió. La cantina «La Moderación» es el peor antro de Cárter City.

—No sabía que hubiese peores lugares en Cárter City.

—Los hay, muchacha, y «La Moderación» es más peligrosa por su dueño.

—¿Se refiere a Sam?

—Sí, me refiero a Sam Burbanks.

—¿Qué tiene contra él?

—Que es un sinvergüenza como la copa de un pino.

—A mí me ha parecido un buen hombre.

—¿A qué llamas tú un buen hombre?

—Se ocupó de mí cuando llegué.

—Entiendo. Te dio de comer y de beber.

—Así fue.

—Sobre todo de beber. ¿Verdad, Mag?

—Quiere saber usted mucho. —La joven se pellizcó la barbilla —. ¿No estará celoso?

—¿Yo, celoso? ¡Qué tontería! ¿Por qué iba a estarlo?

—Por mí, naturalmente. Acaba de confesar que me ha retenido en la celda por una cuestión personal.

—Quise librarte de las fauces de Sam.

—De modo que ahora me va a dar buenos consejos.

—Sólo uno. Apártate de ese hombre.

—Lo siento, *marshall*. Pero tal como están aquí las cosas, es el único que me conviene. ¿O me va a aconsejar que me presente a la directora de la Junta de Saneamiento de Mujeres que Van por el Mal Camino?

—No tenemos una junta de esa clase, Mag.

—Seguramente porque no lo habrán pensado.

—Mag, eres muy sarcástica.

—¿Y de qué otra forma se puede ser en un pueblo como el suyo, *marshall*?

—Las cosas van a cambiar.

—¿Cuántas veces ha dicho lo mismo a distintas personas?

—Escuchaste mi discusión con el alcalde.

—Sí.

—¿No prueba que estoy en contra de muchas cosas? Sólo llevo seis meses de *marshall* en este pueblo.

—¿Y cómo se le ocurrió quedarse?

—Precisamente porque pensé que mi ayuda era necesaria a muchas personas que integran esta comunidad, y que no piensan como en el siglo XVIII.

—No está mal la razón.

—Celebro que te guste. Pero dime, ¿por qué te quedas tú?

—Porque estoy harta de correr.

—Si viajas un poco más, podrás llegar a otros pueblos que no están muy lejos. Hay uno a cien millas al Norte, otro a ochenta millas al Este…

—Aquí ya tengo trabajo, y en esos pueblos tendría que buscarlo.

—Así que vas a cantar y bailar en la «Moderación».

—Eso parece. Pero procuraré que no me vuele mucho la falda, cuando dé un giro. ¿De acuerdo, *marshall*?

Bill se rascó una patilla.

—Eres una chica muy testaruda.

—Eso me decían en casa.

—A propósito de eso. ¿Tienes familia?

—Tengo un hermano, pero es como si estuviese en Pekín, aunque sólo está en San Luis. Se casó y tiene una mujer que le cuenta las veces que respira. Ya sabe, lo tiene dominado en un puño, y no hay nada que hacer con él. Fui a San Luis a pedirle trabajo y sólo me quedé en su casa una noche. Reñí cuatro veces

con mi cuñada, y al día siguiente, muy temprano, cogí mi maleta y me largué.

—¿Y adonde fuiste?

—Al primer local de espectáculos que encontré en mi camino. Fui contratada como «girl», pero mi cuñada no podía soportar eso. Se las arregló, ayuda de sus amistades para que la policía me arrojase de la ciudad, basándose en que yo era una mujer peligrosa. Así fue cómo empecé mi peregrinaje, *marshall*. Pero no espere que le cuente la historia de mi vida.

—Debe ser interesante.

—Ni más ni menos que la de cualquier otra mujer que se encuentra sola y ha de solventarse la existencia. Y ahora ya me entretuve bastante, *marshall*. Gracias por darme alojamiento gratuito.

Mag hizo un saludo con la mano y salió a la oficina.

Ricky Ferguson se interpuso en su camino hacia la calle.

—Eh, Mag, puedo darte una colocación.

—¿De qué cosa?

—De doncella de la viuda Patterson.

—¿Quién es ésa? No sé por qué lo pregunto… Otra señora estirada, como las de aquí.

—Admito que es estirada, como tú dices, pero no la verías casi nunca.

—No, gracias. Prefiero ser independiente.

—¿Crees que lo vas a ser con Sam Burbanks?

—Quizá resulte difícil, pero lo intentaré. Buena suerte, muchachos.

La joven salió de la comisaría.

El ayudante se dio la vuelta y vio a su jefe en el corredor, lo cual quería decir que había escuchado su diálogo con la joven.

—Quise hacer algo por ella, Bill. ¿Tiene eso algo de malo?

—No, no lo tiene. Pero ya lo has oído. Ella es una chica que no se somete a nadie.

—También se lo oí a otras muchachas antes de pasar por la cantina de Sam Burbanks, y él las convirtió en obedientes ovejitas.

—No digas eso.

—Se te remueven las tripas, ¿eh?

—Bastante.

—¿Y qué vas a hacer para arreglarlo?

—Nada. No voy a hacer nada. Mag Tyler toma sus propias decisiones.

—Parece que la chica no ha tenido suerte… Y me temo que tampoco la va a tener en este pueblo.

Bill soltó un gruñido y se dirigió hacia un cajón del archivador. Sacó de él una botella de *whisky*, y tras desenroscar el tapón, bebió un trago. Luego quedóse mirando la puerta de la calle y dijo:

—Sí, Ricky, a Caperucita se la va a comer el lobo, pero, condenación, yo no puedo impedirlo.

CAPÍTULO X

Jacqueline Pattershon era una fea pelirroja, de rostro como un demonio tuerto y narigudo. Acababa de leer en un periódico las circunstancias en que su socio Blend Morgan había muerto, y en sus ojos se estaba reflejando un creciente temor.

El doctor Kenstein paseaba frente a ella. Era él quien le había traído el diario.

—¿Has leído esto, Fidelius? Es horroroso.

—Sí, lo mismo digo.

—En poco tiempo han muerto dos de nuestros socios.

—Es muy lamentable, pero ¿qué le vamos a hacer?

—Uno de ellos era mi hermano. Fidelius, nosotros mismos podemos estar en peligro. Esos locos La han tomado con nosotros. Pero ¿por qué?

—Tranquilízate.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? —chilló Jacqueline—. La próxima víctima puedo ser yo.

—No te preocupes. Nadie te va a hacer ningún daño.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Nuestro rancho está bien custodiado, y cuando vayamos a la ciudad, nos haremos rodear por nuestros mejores hombres.

El doctor se acercó a la viuda, a quien tomó por los brazos.

—Cariño, lo importante es que tú y yo nos vamos a casar.

—¿Cómo nos vamos a casar ahora si estamos de luto?

—¿Luto? ¿Por quién?

—Por nuestros dos socios.

—No seas ridícula, Jacqueline. Es muy lamentable que Rody Perkins, tu hermano, sea una de las víctimas. Pero él no te podía ver ni en pintura. Os pasabais la vida discutiendo.

—Dos hermanos pueden discutir. Es normal, pero a pesar de eso, yo he sentido mucho la muerte de Rody.

—Muy bien. Si la has sentido, yo te lo haré olvidar. Quiero que nos casemos cuanto antes, Jacqueline. Tú sabes cuánto tiempo hemos esperado. Rody se oponía a nuestra boda.

—Rody se oponía a todo lo que significase mi felicidad.

—Me alegro que lo digas. Rody te odiaba y también me odiaba a mí. ¿Sería justo, por nuestra parte, demorar nuestra dicha por un hombre así?

—No sigas, Fidelius. Rody está muerto.

—No seguiré, con la condición de que nos casemos.

—Sí, Fidelius.

—Estupendo, nena. Lo arreglaré todo para mañana.

Llamaron a la puerta, y cuando la viuda Patterson autorizó la entrada, apareció una doncella.

—Señora Patterson, acaba de llegar el *marshall* de Cárter City. Quiere hablar con ustedes.

—¿Cómo sabe el *marshall* que yo estoy aquí? —dijo el doctor.

—Yo se lo dije.

—Ana, te voy a cortar la lengua.

Ana era una doncella muy mona. El doctor Kenstein se había fijado en ella cuando llegó, un año atrás, y la conquistó fácilmente. Pero luego, Kenstein se había distanciado de la doncella porque consideró peligrosa aquella situación. Si continuaba sus relaciones con Ana, sería jugar con fuego.

—Está bien, Ana —dijo Jacqueline—. Dile que pase.

Fidelius se dijo que era mejor enfrentarse con los problemas abiertamente. Aquel *marshall* se había atrevido a hacer una hipótesis acerca de la muerte de Rody Perkins, y seguro que tendría otra para justificar la desaparición de Blend Morgan. ¿O sería la misma?

Bill Craig entró en la estancia.

—Buenas tardes, señora Patterson.

—¿Cómo le va, *marshall*?

Bill Craig dirigió una mirada al diario que tenía Jacqueline a su lado, en el diván.

—Veo que ya conoce la noticia.

—Sí.

—¿Quiere decirme quién le trajo el periódico?

—Yo mismo —dijo el doctor Kenstein—. Estoy suscrito a varios periódicos. ¿Tiene algo en contra?

—No, doctor Kenstein. Por mí se puede suscribir a todos los periódicos del país. Soy el *marshall* de Cárter City. Lo que me preocupa es lo que pueda ocurrir aquí. Me estoy refiriendo, naturalmente, a ustedes dos.

La fea señora Patterson dijo:

—Le he hablado a Fidelius de eso y me alegro de que toque el tema, señor Craig.

—¿Qué le dijo Fidelius?

Kenstein sonrió:

—Anda, díselo, Jacqueline. No quiero tener secretos para el *marshall*.

—Fidelius dice que no debemos preocuparnos porque establecerá una buena guardia dentro y fuera de la casa.

—Me temo que ese procedimiento no sirva con los asesinos.

—¿Qué dice, *marshall*? —dijo Jacqueline, asustada.

—Horace Hudson y Chad Adams fueron inyectados por el doctor Kenstein para probar su vacuna de inmunización contra la rabia. Resultó que, a raíz del primer jeringazo, los dos condenados a muerte huyeron de la prisión. Ya han pasado casi los dos días que señaló el doctor Kenstein para la segunda inyección. Eso es lo que quiero que vea, señora Patterson. Que esos criminales, aparte de asesinos, se pueden convertir en dos auténticas fieras.

—¡Dios mío!

—Señora Patterson, mi pregunta es ésta. ¿Por qué esos hombres mataron a su hermano y a Blend Morgan?

—No lo entiendo.

—Los dos eran socios de este rancho, Patterson y Compañía.

—Me está dando miedo lo que usted dice, *marshall*. Es como si estuviese dando a entender que yo estoy destinada a ser la próxima víctima.

—¿Y quién puede decir que no?

La señora Patterson dio un chillido.

—¡Fidelius!

El doctor Kenstein se acercó al *marshall*.

—*Marshal*, ¿por qué asusta a Jacqueline?

—¿No se asusta usted, doctor Kenstein?

—No soy un chiquillo.

—Pueden matarlo también. ¿O quizá se considera a salvo?

—Señor Craig, yo conozco a esos dos hombres.

—Oh, sí, claro que los conoce. Usted les inyectó.

—Quiero decir que, si hay alguien en peligro, ése soy yo, la persona más odiada por ellos.

—Explíqueme eso.

—Usted no es científico, *marshall*, y no lo entendería.

—Haré todo lo posible por entenderlo, doctor Kenstein.

—Si es así, probaré.

—Adelante, doctor. Le escucharé con mis cinco sentidos.

—Convencí a Horace Hudson y Chad Adams para que formasen parte de mi experimento. Naturalmente, ellos eran las personas a las que tenía que inocular mi prueba número uno. Así lo hice y luego, por unas circunstancias que son completamente ajenas a mi actuación, lograron escapar. ¿Qué es lo que han hecho? Yo se lo diré, *marshall*. Matar a personas que estaban relacionadas conmigo. Esas personas, por una u otra razón, se encontraban en lugares situados entre la prisión y Cárter City. Con ello quiero decirle que, desde un principio, el destino de los dos fugitivos es Cárter City, ¿y sabe por qué? Por una simple razón. Porque, sicológicamente, soy yo la persona más odiada, pero al mismo tiempo soy la más necesaria para ellos, y no tienen más remedio que venir a Cárter City para que les ponga la segunda vacuna, ya que con la primera no se librarán de la hidrofobia. Ellos han dado muerte a Rody Perkins y a Blend Morgan, y cada vez que han matado a una de sus víctimas, en su cerebro, se ha producido un proceso mental. Es a mí a quien mataban.

El doctor Kenstein hizo una pausa.

—Espero que haya quedado convencido, *marshall*.

—Doctor, cuando se habla de las razones sicológicas, estoy fuera de juego.

—Ya me hago cargo —dijo el doctor Kenstein, con sorna.

—También yo pienso con la cabeza, doctor.

—Sí, y dice barbaridades injustificadas, como aquella que me soltó en su comisaría.

—Le presento mis excusas.

—No soy un hombre rencoroso, *marshall*, y se las acepto. No tiene que preocuparse por nosotros. Lo he dispuesto todo para que esos hombres no constituyan un peligro.

—De todas formas, si me necesitan estoy a sus órdenes.

—Gracias. Es usted muy servicial, pero repito que su ayuda no será necesaria.

El *marshall* hizo un saludo, llevándose la mano al sombrero, y salió de la habitación.

CAPÍTULO XI

Sam Burbanks, dueño de la cantina «La Moderación», tragó saliva mientras echaba una mirada a Mag Tylor, que se exhibía ante él con un vestido verde y negro, muy escotado, que dejaba al descubierto los brazos y toda la pierna.

—Mag, estás increíble.

—Favor que me hace. Pero no sé si gustaré a los clientes.

—Yo te diré lo que van a hacer los clientes cuando te vean.

—¿Qué cosa?

—Ladrarán, rebuznarán, aullarán…

—Señor Burbanks, se va a convertir su cantina en un parque zoológico.

—Sí, nena, es lo que será «La Moderación» cuando salgas.

—Pero si son tan animales, no van a dejar de mí ni los restos.

—No te preocupes. Eso es cuenta del Servicio de Seguridad de la casa.

—¿Servicio de Seguridad?

—Tengo contratados a los tipos más animales del Estado. Cada uno de ellos me cuesta un par de dólares diarios. Son fuertes como osos, y en una fracción de segundo, pueden convertir a la cabeza más dura en una nuez cascada.

Mag Tyler se puso un dedo en los labios.

—Señor Burbanks, ¿y si son los miembros de su servicio de seguridad los que ladran, rebuznan y aúllan?

Sam Burbanks lanzó una gran risotada.

—Nena, ése fue un buen chiste.

—No lo decía como chiste.

—Tengo domesticados a mis empleados. Durante el trabajo, nadie puede tocar a una chica.

Con aquellas explicaciones, Mag estaba pensando en los consejos y advertencias del *marshall* Bill Craig.

Sam Burbanks rodeó la mesa. Era un hombre de unos treinta y cinco años, rubio. Su pasatiempo favorito era coleccionar mujeres y chalecos. Y cambiaba de los dos con mucha frecuencia.

Ahora se cubría con un chaleco con flores de lis, amarillas, sobre fondo azul.

Se sentía arrebatador porque tenía las sienes prematuramente grises y había pedido al barbero que le retocase el bigote a la francesa, que, según los cronistas, hacía estragos en los mejores salones de sociedad de París.

—Nena, quiero explicarte algo acerca de cómo yo manejo mi propio negocio.

—¿A qué se refiere, señor Burbanks?

—Yo divido a las mujeres que trabajan para mí en dos clases. Las que me comprenden y las que no me comprenden. ¿En qué lugar quieres estar tú, Mag?

—Naturalmente, entre las que le comprenden.

—Eso está bien —dijo Sam Burbanks, acariciando con la mirada los hombros desnudos de Mag.

La joven dijo con notable ingenuidad:

—Una empleada debe comprender bien las órdenes de su patrón para que no haya lugar a dudas entre ellos.

—Muy bien. Vamos a probar qué tal me comprendes.

—Sí, señor Burbanks.

—Dame un beso.

—¿Qué?

—He dicho que me des un beso.

—De acuerdo —dijo Mag.

La joven se puso de puntillas, cogió la cabeza de Burbanks y lo besó en la frente.

Sam se quedó perplejo.

—¿Qué es lo que has hecho, desgraciada?

—Usted me ha pedido un beso y yo se lo he dado.

—Te crees muy listilla, ¿eh? Cuando yo pido un beso, lo quiero en la boca.

—Que se lo dé su tía.

Sam Burbanks rompió a reír estruendosamente.

—Eh, Mag, eso estuvo bien.

—Celebro que usted y yo nos comprendamos.

Sam dejó de reír tan súbitamente como había empezado a hacerlo.

—Mag, ¿tratas de tomarme el pelo?

—De ninguna forma, señor Burbanks.

—Ahí fuera vas a conquistar a mucha gente, pero quiero que me conquistes primero a mí. Sí, Mag, has de demostrar tus cualidades femeninas conmigo.

—No espere eso de mí.

—Oye, nena, es un requisito indispensable que yo impongo a todas las muchachas que trabajan para mí.

—No me dijo usted eso antes.

—¿Qué importa que no te lo dijese?

—Si me lo hubiese dicho, no habría aceptado… Ahora estoy viendo que el *marshall* tenía razón.

—Conque el *marshall* te estuvo hablando de mí, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Que usted es un tipo de cuidado.

Sam puso los pulgares en el bolsillo del chaleco y con aire jactancioso, dijo:

—Yo sé lo que le pasa al *marshall*. Me tiene envidia. Naturalmente, él te ha visto hermosa, atractiva, y su odio hacia mí ha aumentado porque imaginó que tú y yo íbamos a ser muy buenos amigos. Y lo vamos a ser, nena. Te lo digo yo.

—No, señor Burbanks. No va a haber oportunidad, porque yo me largo de aquí.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Me voy.

Mag se dirigió resueltamente hacia la puerta.

Sam Burbanks no intentó ir detrás de ella.

Mag abrió la puerta, pero se quedó parada porque en el hueco había un hombre de dos metros de talla y ciento treinta kilos de peso. Por la raja que hacía de boca, soltó una risita.

—Apártate, gigante —dijo Mag.

—No puedo. Eso es cosa del patrón.

La joven se volvió hacia Sam.

—Señor Burbanks, quiero ir a mi cuarto, cambiarme de vestido y marcharme de aquí.

—¿Acaso no te gusta el vestido que llevas puesto?

—Ya no me sirve.

—Nena, ese vestido lo elegí yo mismo y me costó once dólares. Está hecho en Nueva York, siguiendo un modelo de París. ¿Y sabes qué bailarinas lo llevan? Las del «Folies Bergere». No, claro; tú nunca has oído hablar del «Folies Bergere».

—No, señor, pero tengo experiencia con los sinvergüenzas que se aprovechan de las chicas que emplean.

Sam Burbanks soltó una fuerte risotada.

—¿Soy yo uno de ésos?

—Usted mismo se ha puesto al descubierto, señor Burbanks.

—Pequeña, basta ya de comedia.

—¿Qué comedia?

—La que estás representando.

—No estoy representando ninguna comedia.

—Tengo pupila, nena, y ya me he dado cuenta de que eres una muchacha que sabe jugar sus naipes.

—No sé a qué se refiere.

—Lo sabes perfectamente, maldita sea… Sabes valorar bien tus encantos. Admito que no tuve ninguna como tú. Y eso significa que eres tan lista como el demonio. Tú no estás dispuesta a dar nada gratis, ni aunque sea a tu patrón. Muy bien. Voy a aceptar las reglas del juego. Conmigo vas a ganar dinero, y en grande.

—Un momento, señor Burbanks, será mejor que no continúe.

—¿Por qué no he de continuar? Te voy a hablar de mi proyecto más íntimo.

—Cuénteselo a la almohada, o a Jacy, la rubia, que, según me han dicho, es su actual amiga.

—Conque es eso lo que te disgusta, ¿eh? No te preocupes. Despediré ahora mismo a Jacy.

—No le he citado a Jacy para que la despida, sino porque se me ocurrió que es mucho más lógico que sea ella quien entre en sus planes.

Sam Burbanks agitó un dedo en el aire.

—Cariño, no te conviene que me ponga furioso. Soy un hombre la mar de comprensivo. Ya te lo he dicho. Continúa siendo

inteligente y no me saques de mis casillas, porque, si eso llega a ocurrir, te arrepentirás mucho.

—No habrá lugar para que me arrepienta, puesto que usted y yo ya hemos terminado. Me largo.

—Cierra la puerta, Goliat —dijo Sam—. Mag y yo vamos a hablar de nuestras cosas, y va a ser en un plan muy distinto.

Goliat cerró la puerta.

Mag se mordió el labio inferior. Estaba asustada, a pesar de que siempre había sido una muchacha muy animosa.

Sam empezó a quitarse la chaqueta, la corbata de lazo y el chaleco…

Mag supo que estaba perdida.

CAPÍTULO XII

—¿Por qué se desviste, señor Burbanks? —preguntó Mag.

Sam Burbanks quedó en mangas de camisa.

—Ven acá.

—No.

—Ven acá, Mag, te digo.

—Y yo le digo que no voy a ir.

—Tengo un procedimiento para que las chicas me obedezcan, pero no quisiera ponerlo en práctica contigo. Verás, nena. Se trata de un látigo, y ya sabes lo que pasa con los latigazos. Pueden estropear tu linda piel y hasta tu cara.

—No se atreverá a hacer eso conmigo.

—Me atreveré, si no me dejas opción. ¿Vienes o qué?

La joven quedó inmóvil donde estaba, pero movió la cabeza en sentido negativo.

Sam soltó una risita, y se dirigió a un armario, el cual abrió. Sacó un látigo, que disparó hacia el lado opuesto en donde se encontraba Mag.

La larga tira de cuero atrapó un jarrón, que Sam transportó a sus manos, sin romperlo.

—Soy hábil con el látigo, Mag. Ya has visto la demostración. Puedo pegarte donde quiera…

Había otra puerta que comunicaba con el salón.

Mag pensó que si lograba salir por allí, se pondría a dar gritos de socorro, y, probablemente, algunos clientes la ayudarían.

Echó a correr.

El látigo sonó a sus espaldas y le atrapó un tobillo.

Mag chilló porque el látigo le había hecho arder la piel.

Sam dio un tirón brusco, y Mag cayó en el suelo de bruces. Ella

se revolvió rápidamente, furiosa, con un mechón de cabello sobre el ojo.

—¡Canalla!

Sam Burbanks sujetaba el mango del látigo, las piernas abiertas en compás, sonriendo como un triunfador.

—Cariño, ¿vas a venir ahora?

—No.

—Muy bien te arrastraré hacia mí.

—Es usted el gusano más indecente que pude ver hasta ahora en un vertedero.

—Puedes seguir diciendo lindezas de ese estilo. Apuesto a que tienes un buen repertorio. ¿Sabes, nena? Me gustan las muchachas bellas y mal habladas. Las prefiero a las muchachas bellas y que hablan como si hubiesen sido educadas en la corte de la reina de Inglaterra. No, yo no he nacido para saborear el diálogo aristocrático. Nací en los barrios bajos de Nueva Orleáns, y me pasé muchos años en los muelles. Mi diálogo es el de los granujas, y ésa es una razón para que tú y yo nos comprendamos.

—Yo no soy una granuja.

—Tienes cara de granuja, y eso lo debiste comprender la primera vez que te miraste al espejo… Pero ya basta de remilgos.

Sam Burbanks tiró del látigo.

La joven trató de agarrarse a la alfombra y lo consiguió, pero eso no bastó para detenerla en su camino.

Se fue acercando a Sam Burbanks, y al cabo de unos segundos, éste la tuvo a sus pies.

—Bien, cariño, ahora vas a saber que Sam Burbanks es un tipo que tiene mucho éxito con las mujeres.

Se agachó sobre Mag para tomarla por los brazos.

Ella le pegó un puñetazo en la cara.

Burbanks la abofeteó dos veces, y en ese momento se abrió la puerta que comunicaba con la estancia y uno de los empleados, que respondía al nombre de Elmer, dijo:

—Señor Burbanks, el *marshall* quiere verle…

—Que se vaya al infierno.

—¿Se lo digo así, señor Burbanks?

—No, estúpido. Lo que tienes que decirle es que estoy ventilando un asunto con un proveedor.

—Sí, señor Burbanks —dijo Elmer y salió.

Mag dio un grito, pero ya era demasiado tarde porque la puerta se había cerrado, y Burbanks le pegó otra bofetada en la boca.

—Nena, ya te dije que estoy dispuesto a dejarte sin piel si no me obedeces.

Mag tenía los ojos llenos de lágrimas, y Sam le dijo, acariciando el hombro:

—Mag, yo sé comportarme con dulzura. Debiste preguntar a las muchachas que están ahí fuera. Todas me adoran.

—Yo no lo voy a adorar.

—Es lo que dices ahora, pero mañana estarás dispuesta a sacarle los ojos a Jacy, la rubia, para que ella me deje en paz…

—Es usted un puerco jactancioso.

Sam rió mientras le hacía ponerse en pie.

Ella trató de soltarse, pero él la había atrapado bien, rodeándola con sus fuertes brazos. Se disponía a besarla por primera vez en la boca, cuando se abrió la puerta y Elmer entró a trompicones, se estrelló contra la mesa y se derrumbó en el suelo, en donde escupió dos dientes antes de echarse a dormir.

—Elmer, ¿qué diablos pasó?

—Yo le puedo contestar a eso —dijo una voz.

Era el *marshall* de Cárter City, Bill Craig.

Sam Burbanks y Mag Tyler quedaron en suspenso.

—Quítele las manos de encima, Sam —ordenó.

Burbanks dejó libre a Mag, pero no por seguir la orden de Craig, sino para tener los puños libres. Se sentía fuerte. No había encontrado en su camino a un hombre que lo hubiese vencido. También era rápido con las armas, pero ahora no las utilizaba. No lo creía necesario.

—*Marshal*, ¿no recibió el aviso de mi empleado?

—Sí, me dijo que estaba atendiendo a un proveedor.

—Y era verdad.

—No, no era verdad porque se equivocó. Debió decir proveedora.

—Su chiste es deleznable, *marshall*, como todo lo suyo.

—¿Todo, Sam?

—Bueno, hay sólo una cosa que me gusta de usted. Su lucha contra el alcalde y esta comunidad que quieren seguir viviendo con

leyes del siglo XVIII.

—Bueno, menos mal que tenemos algo en común, aunque debo recordarle algo. Yo lucho contra esas leyes, pero no por convertir a Cárter City en un refugio de forajidos. Eso le gustaría a usted mucho más, porque de esa forma haría el gran negocio. Estoy en contra del alcalde y de sus estúpidas leyes, pero también estoy contra usted.

Sam Burbanks se puso a aplaudir.

—Bravo, *marshall*, ¿vino sólo por eso?

—No, Sam. Vine por Mag.

—Ella es una empleada mía, y no se la puede llevar.

—Ya ha dejado de ser empleada suya.

—¿Porque usted lo dice, *marshall*?

—Porque yo lo digo.

Sam Burbanks echó a andar hacia Bill Craig. Señaló al hombre caído que estaba junto a la mesa.

—Debió pegarle a traición a Elmer.

—No, no le pegué a traición.

—Elmer es un tipo muy fuerte. Tuvo que hacerle trampa para ganarle. De todas formas, existe un modo de saber si dice la verdad.

—¿Cuál?

—Pelee conmigo.

Se hizo una larga pausa.

Bill estaba mirando a Mag. Ella se apoyaba en la pared y respiraba entrecortadamente, tras la lucha sostenida con aquel hombre.

Sam Burbanks se echó a reír.

—¿Teme perder una pelea ante la muchacha de sus sueños?

—No, Sam —dijo el *marshall*—. Cuando quiera.

Sam Burbanks levantó los puños.

—Entonces, va a recibir la mayor lección de su vida.

Craig también levantó los puños, pero no lo hizo como Sam, en la posición adecuada, y éste le soltó un puñetazo que llegó con facilidad a su destino.

El *marshall* cayó al suelo mientras Mag soltaba un grito.

Sam Burbanks dijo, riendo:

—*Marshal*, tomé lecciones durante cuatro meses en San Luis. Un empresario de boxeo me dijo que llegaría a campeón del mundo… Pero yo no soy un estúpido. Un hombre que lucha en el cuadrilátero

acaba por sufrir serias lesiones cerebrales. Me dijeron que yo iba a ganar mucho dinero, pero ¿de qué me habría servido la plata, estando idiotizado? No, *marshall*. Yo pensé que mis especiales condiciones para el arte del boxeo podían servirme también en mi carrera. He vencido a mucha gente, pero la mayor victoria la voy a alcanzar hoy, porque peleo con un representante de la Ley que ha querido interponerse en mi camino.

Bill Craig se había levantado.

Sam Burbanks lo atacó de nuevo, moviéndose con agilidad.

Bill hizo lo mismo que antes. No mantuvo la guardia donde debía, y Sam trató de pegarle de la misma forma, pero esta vez no obtuvo igual resultado. De pronto, el puño de Bill se estrelló en su boca.

Burbanks golpeó contra un sillón y dio una vuelta de campana.

Se levantó trabajosamente, sacudiendo la cabeza.

—Eh, *marshall,* ése fue un buen golpe.

—Gracias.

—Se lo voy a devolver multiplicado por cinco.

—Cuando quiera.

Sam pretendió cazarle con un gancho, pero sólo encontró aire.

Bill aprovechó aquel instante para machacarle el hígado y el estómago.

Sam se vino hacia adelante, tratando de llevar aire a sus pulmones, y Bill le cerró la boca de un trallazo.

El dueño de «La Moderación» llegó hasta el techo y bajó por la ley de la gravedad. No llegó a quedar fuera de combate, pero estaba muy cerca de ello.

El *marshall* lo atrapó por la camisa.

—¿Me ve bien, Sam?

Éste no le podía responder, entre otras cosas porque lo veía doble.

—Burbanks, le voy a dar veinticuatro horas para que abandone el pueblo. Estoy harto de usted. Sé lo que ha hecho con las muchachas que trabajan para usted. Pero hasta ahora no intenté nada porque ellas estaban de acuerdo con su forma de tratarlas. Ahora, por fin, encontré una que me sirve de testigo. Ese látigo demuestra la clase de canalla que es usted, Sam… Si mañana a estas mismas horas se encuentra en el pueblo, lo meteré en la cárcel y lo

juzgaré con arreglo a mis leyes. Le prometo que le conseguiré una condena de dos a cinco años…

Luego, Bill le soltó un puñetazo con la izquierda.

Sam Burbanks rodó por el suelo, y quedó inmóvil porque había perdido el sentido.

Bill cogió a Mag.

—Vamos, nena.

—Pero no puedo ir así.

—Tengo ropa de mujer en la comisaría… Te cambiarás allí.

Mag y Bill salieron del despacho y, tras cruzar la cantina, ganaron la calle.

CAPÍTULO XIII

El doctor Kenstein estaba en su habitación, escribiendo sobre una mesa.

De repente, sintió una corriente de aire. Miró a sus espaldas y vio que la ventana estaba abierta. Pensó que era el viento, y se dirigió hacia allí para cerrarla.

De pronto, una mano salió entre las cortinas y lo cogió por el brazo.

Kenstein lanzó un grito.

Las cortinas se descorrieron y vio ante sí a Horace Hudson.

—Horace, me has dado un gran susto.

—¿De veras? ¿Acaso no me esperaba?

—Claro que sí. Pero no creí que te presentases de esa forma.

—No digas estupideces, doctor. La casa estaba vigilada. Adams tuvo que romper el cráneo de uno de los centinelas porque nos descubrió.

—¿Y dónde está Chad Adams?

Horace terminó de descorrer las cortinas. Allí estaba Adams, pero había cambiado mucho. Sus ojos eran muy brillantes, la boca entreabierta. En la comisura de los labios Fidelius descubrió un poco de saliva. ¿O sería espuma?

—Señor Kenstein —dijo Horace—. Adams tiene fiebre.

—Se la quitaré en seguida.

—No, no se trata de quitarle la fiebre. Queremos que nos inyecte la prueba número dos.

—Oh, sí, desde luego, pero he de hacer el preparado.

—¿Cómo?

—Me llevará un par de horas.

—Doctor, ¿por qué no preparó ya el segundo jeringazo de su

maldito experimento?

—No os esperaba hasta la medianoche. Recuerda, Horace. Dije un par de días. Faltan algunas horas para que se cumpla el plazo.

—Empiezo a dudar de usted, doctor.

—¿Dudar de mí? ¿Por qué?

—Se lo dije a Adams. Quizá usted pensó jugar para desembarazarse de sus dos socios y luego dejamos en la estacada.

—Oh, no, nunca pensé en eso.

—Si nos atacase la hidrofobia, nos convertiríamos en dos locos furiosos. Atacaríamos a cualquier persona que encontrásemos en nuestro camino, sin tener en cuenta si nos interesaba su muerte. Con ello, quiero decirle que perderíamos todo interés por matar a la persona que más merece desaparecer del mundo. Usted, doctor Kenstein.

Fidelius sintió que el sudor le bañaba la cara.

—Eh, un momento, Horace, es una suposición tuya, y protesto, porque resulta completamente gratuita. No existe ningún fundamento para que vosotros penséis semejante cosa de mí.

—Pruebe que nos equivocamos. Sólo tiene una forma de hacerlo. Inocularnos ahora mismo la segunda parte.

—Ya he dicho que he de prepararla…

—Y apuesto que tiene que salir de esta habitación para ello.

—Sí.

—¿Adonde? Y no me diga que es a la capital porque ahora mismo le troncho el cuello.

—No, no es en la ciudad, sino en mi laboratorio. Está en el sótano.

—Está bien. Iremos allá.

—No podéis venir conmigo.

—¿Por qué no?

—Porque alguien os vería, y estaríais perdidos.

—No, usted cuidará que no nos vean. Si alguna persona intenta algo contra Adams o contra mí, usted será la primera víctima.

—Si me matáis, jamás os podréis curar.

Adams soltó una risa nerviosa, que hizo estremecer al doctor Kenstein.

—Horace —dijo—, ya estoy deseando que el doctor se equivoque con la prueba. Me gusta mucho estar como estoy. Eh,

Horace, ¿por qué no hacemos cositas con el doctor? Ya sabes. Primero le estiramos los brazos, como un par de metros, y también las piernas. Y le sacaremos joroba. Horace, la pasada noche soñé que el doctor Kenstein era un camello. Convirtámoslo en un camello…

—¿Oyó eso, galeno? —rió Horace.

—¡Tú no lo dejarás!…

—Observe su boca.

—Ya la estoy mirando desde hace un rato.

—Tiene espuma, doctor.

—Sólo es efecto de la fiebre. Pura saliva.

—Yo no lo creo así, doctor Kenstein. Adams es víctima de la hidrofobia. Quizá no esté loco del todo, pero ya le falta menos…

—Yo lo evitaré. Iremos al laboratorio. Retiraré a los dos centinelas que están en la escalera. Son los únicos que os pueden ver.

Kenstein se dirigió hacia la puerta.

—Doctor —dijo Horace.

Fidelius se volvió, con las cejas encercadas y vio que Horace lo estaba señalando.

—Doctor Kenstein, no intente nada contra nosotros o se va a ganar una muerte nada sencilla. No la desearía ni a su peor enemigo. Palabra que sería el hombre más parecido a un camello que ha existido en el mundo…

La nuez de Fidelius subió y bajó desordenadamente en su garganta.

—No os traicionaré.

—Deje la puerta abierta y quédese en el hueco. No se mueva. Dé las órdenes desde ahí. No se le ocurra desaparecer porque, en la fracción de segundo siguiente, estaremos detrás de usted.

Kenstein abrió la puerta y salió al corredor.

—¡Spencer!… ¡Angus!… ¡Acabo de ver dos hombres en el jardín!… ¡Están en la parte derecha, y tienen todas las trazas de ser los asesinos!… ¡Id corriendo allí, y avisad a los demás!… ¡De prisa!

—Ahora mismo, señor Kenstein —dijo uno de los nombrados.

En seguida se oyeron rápidas carreras, que se perdieron a lo lejos.

Kenstein se volvió hacia Horace e hizo una señal.

—Ya podéis salir.

Horace y Adams salieron de la habitación y fueron con Kenstein.

Poco después, entraron en el sótano.

El doctor Kenstein encendió un par de velas.

Efectivamente, allí había instalado un laboratorio.

—Dese prisa, doctor Kenstein —dijo Horace—. Yo también empiezo a sentir síntomas de cólera.

Fidelius se puso una bata, que descolgó de un perchero. Se acercó a una mesa en donde había probetas, matraces, tubos de ensayo…

En una de las probetas empezó a combinar líquidos, bajo la mirada atenta de los dos asesinos.

—Horace —dijo Kenstein en un momento determinado—, podéis hacer una cosa por mí.

—¿Qué cosa?

—Matar al *marshall* de Cárter City.

—Ni hablar. No saldremos de aquí hasta que nos haya hecho la segunda prueba.

—He dicho que tardaré un par de horas. Podéis aprovechar el tiempo, mientras tanto, Ese *marshall* ha descubierto el pastel.

—¿Qué quiere decir?

—Armó una hipótesis, y no se equivocó ni una pulgada. Ha supuesto que yo os facilité la fuga, y también ha pensado que, con la muerte de Rody Perkins y Blend Morgan, yo soy el que se beneficia, y, si él tuviese alguna duda, quedará disipada mañana, porque es el día que he señalado para casarme con la viuda Patterson.

—Mala situación para usted, doctor.

—Y también para vosotros. No desearía tener yo como enemigo al *marshall* de Cárter City. Sólo lleva unos meses en la ciudad, y ya ha hecho cosas importantes… Es un tipo ingenioso, inteligente, hábil con el revólver y con los puños. Estoy seguro de que nunca os enfrentasteis con un enemigo más digno de vosotros…

Adams rió con aquella risa nerviosa.

—Eh, Horace. A ése me lo vas a dejar a mí.

—Está bien, Adams. Te lo dejaré para ti. Pero sólo acabaremos con el *marshall* cuando el doctor nos haya puesto la segunda prueba.

—Tardará un poco de tiempo, y me parece buena esa idea de que, mientras tanto, nos entretengamos. ¿Qué mejor entretenimiento que liquidar a alguien?

Horace sopesó las palabras de Adams.

—Está bien, doctor Kenstein —dijo—. Adams y yo nos vamos a ocupar del *marshall* —lo atrapó con las dos manos por el batín, y se lo acercó a la cara—. Doctor, no nos falle. Cuando volvamos, usted tendrá preparada la prueba. No nos diga que le falta un ingrediente porque nos lo cargaremos sin remedio.

—No tendréis que preocuparos. Todo estará listo para cuando regreséis.

—Quite la guardia de la parte trasera. Si nos encontramos un solo centinela, significará que nos ha traicionado, y no le servirá de nada porque acabaremos con usted, aunque esté escondido en un baúl. ¿Me hago entender, doctor Kenstein?… Vámonos ya, Chad.

CAPÍTULO XIV

Mag se había puesto un vestido de los tres que le había dado Bill. Era de estilo mejicano, de escote redondo y muy ceñido.

Bill encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Demonios, tú y Lupe tenéis la misma talla.

—Al parecer, teníamos otras cosas iguales.

—Sí, confieso que os parecéis en otros aspectos.

Los ojos de Mag destellaron intensamente.

—¿Puedo saber quién es Lupe?

—¿Por qué lo preguntas?

—Pura curiosidad.

Bill se echó a reír.

—Sólo se trata de una amiga, una gran chica. La conocí en otro tiempo, y pasó por aquí cuando se dirigía al rodeo de Los Cerezos. Lupe trabaja en una especie de teatro ambulante, y está casada con el director de la compañía, un buen amigo… En cuanto a los vestidos, Lupe los olvidó en el hotel. Yo me quedé con ellos para dárselos cuando vuelvan por aquí.

—¿Por qué me has dado tantas explicaciones? —lo tuteó ella también.

—Porque pensaste mal de mí.

Bill dio unos pasos hacia Mag.

—Menos mal que te libré de Sam.

—Y fue la primera vez que lo hiciste.

—Sí. Es cierto —dijo él y, enlazándola por la cintura, la besó en la boca.

En ese momento, se oyó un rugido en la puerta.

La joven se apartó, dando un grito porque creyó que había entrado un animal.

Sin embargo, se trataba del alcalde de Cárter City, Morris Gruber.

—¡*Marshal*! ¡Ya me suponía esto! —gritó Morris.

—¿Qué es lo que suponía?

—Me dijeron que había sacado a una bailarina de «La Moderación». Y ya imaginé para qué era.

Bill caminó hacia el alcalde, enseñándole los dientes.

—Explíquelo, señor Gruber.

—Ahórrese ciertas palabras, que me avergonzaría pronunciar.

Bill atrapó al gordo alcalde por las solapas de la chaqueta.

—Alcalde, le voy a clavar los dientes en su sucio cerebro.

—¿Eh?

—No retiro una sola palabra. El único puerco que hay en este pueblo es usted. Sí, usted, con su sucia mente, porque la convirtió en un repugnante vertedero, con imágenes que no se pueden repetir aquí ni en ninguna otra parte. Usted, que no deja vivir a nadie, usted, santurrón del infierno, que trata de que todo el mundo lleve una vida monástica, de la Edad Media, cuando usted mismo, en su vida privada, tiene otra mujer a escondidas.

—¡No le consiento…!

—Usted va a consentir muchas cosas, alcalde. ¿Cree que no sé la existencia de Remedios?

—¿Remedios?

—Sí, señor alcalde. Remedios era amiga de Lupe García, y Lupe García es mi amiga, y me contó su secreto. Usted no tiene instalada aquí a Remedios porque sería demasiado atrevido. La tiene en una hermosa casa de Los Cerezales. Cada quince días, usted se da una vuelta por allí. Dice que va por negocios, y se pasa unos días en la linda casa de Remedios, haciendo todo aquello que en los demás condena…

—¡Usted no tiene ninguna prueba!

—La tengo. Hablé con Remedios, y me dio una prenda de uso interior, muy personal. Esa prenda le pertenece, alcalde.

—¿Cómo sabe que es mía?

—Por sus iniciales bordadas por su propia esposa, señor alcalde. Pero si tiene alguna duda, podemos ir a su casa y preguntarle a su mujer…

—¡No!

Morris Gruber sacó un pañuelo, con el que se enjugó el sudor de la cara.

—*Marshal*, después de todo, creo que me he excedido un poco con usted… Pero somos dos caballeros, dos hombres inteligentes, y es natural que entre nosotros lleguemos a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo, alcalde?

—Haré la vista gorda con respecto a ciertas cosas —dijo el alcalde, y miró a Mag.

—Alcalde, está usted equivocando los tiros. Mag y yo no tenemos nada de qué avergonzamos. Pero me temo que usted no está en la misma situación. Tal como están las cosas, su mujer se va a llevar un mal rato.

—¡Por lo que más quiera!… ¡No le devuelva mi camisón a mi mujer!…

—Dígame un motivo para que no lo haga.

—Marión es muy celosa. Lo es tanto, que me cortaría el cuello. Lo dijo una vez. Dijo que si se enteraba de que yo la traicionaba con otra chica, me degollaría.

—Entonces, será mejor que vaya a la funeraria para encargar el ataúd, y los detalles que usted quiere que se tengan en cuenta…

El alcalde Morris Gruber reflejó un gran pánico.

—¡No, *marshall*! ¡Usted no hará eso! ¡Pídame lo que quiera!… ¡Pídamelo!…

Bill se miró la punta de los pies.

—Está bien. Se lo voy a pedir.

—Ya está hecho, señor Craig.

—Todavía no me ha escuchado, alcalde. De modo que será mejor que me atienda para que no haya lugar a equívocos. —Bill hizo una pausa y agregó—: Quiero que reúna al Consejo Municipal y que se carguen la legislación del siglo XVIII por la que se está rigiendo esta comunidad…

—¡Oh, no!

—Oh, sí.

—¡Pero esas leyes están hechas para todos!

—De cada diez ciudadanos, nueve están en contra de esas leyes.

—Entonces, ¿por qué no votaron otras? ¿Por qué no exigieron su derogación?…

—Por miedo. Sí, señor Gruber, por miedo a usted. Muchos

pueblos quisieran acabar con las leyes injustas que los gobiernan, pero no pueden porque tienen mucho miedo, y se sienten obligados a sonreír a sus propios verdugos. Si tiene alguna duda, dígales a sus vecinos que propone la derogación de esas leyes, y apuesto doble contra sencillo a que lo sacan en hombros.

—Pero ¿qué me dice de la junta de mujeres?

—No se preocupe. La mayoría de las mujeres también estarán de acuerdo con usted. Hay muchos aspectos de esas leyes que las convierten en brujas, y ya es hora de que sean lo que deberían ser, verdaderas y auténticas mujeres, con todo su encanto, con toda su simpatía…

—Sí, señor, tiene usted toda la razón. ¿Me da ya el camisón?

—Ni hablar. No se lo daré ahora, sino cuando las leyes hayan sido derogadas.

—Haré cambiar esas leyes —dijo el alcalde Gruber, y salió pegando saltitos de la comisaría.

Cuando la puerta se hubo cerrado, dijo Mag, sonriente:

—Eso merece un beso.

Fue a echar a andar, pero un brazo salió del corredor y la atrapó por el cuello.

Bill vio que un hombre se había apoderado de Mag y que otro hombre aparecía al lado del primero.

No tuvo duda de quiénes eran. Horace Hudson y Chad Adams, los dos fugitivos. Uno de ellos, Adams, tenía un poco de espuma en las comisuras de la boca.

—¡Bill, ayúdame! —gritó Mag.

Adams era quien había cogido a Mag y Horace Hudson se mantenía a su lado, con el revólver en la mano.

—No, pequeña —dijo Horace—, el *marshall* no te va a ayudar, porque los muertos están muy quietecitos.

Bill tiró del revólver, y saltó, cambiando de lugar. En el aire, apretó el gatillo.

Horace Hudson disparó, pero su bala se incrustó en la pared. Luego recibió un proyectil en las fosas nasales, y se derrumbó.

Adams se quedó perplejo porque no había esperado la súbita reacción del *marshall* No tenía el revolver en la mano, porque estaba sujetando a la joven.

Mag aprovechó aquellos momentos de indecisión de Adams para

dejarse caer en el suelo.

Chad quedó indefenso ante el revólver de Bill.

—Quieto, Adams —dijo el *marshall*.

El loco forajido observó a su compañero. Lo vio muerto, y sus ojos se desorbitaron. Abrió la boca y, por ella, dejó escapar más espuma que antes.

—Seguro que fue una trampa, Horace —dijo con voz ronca—. El doctor Kenstein nos mandó aquí para matar a Bill Craig, y el *marshall* te ha matado… Es el doctor Kenstein. Ese canalla nos la jugó, y nosotros matamos a sus dos socios porque él lo dijo. ¿Lo oyes, Horace?… Es al doctor Kenstein a quien tenemos que liquidar…

La puerta se abrió, y Ricky Ferguson, el ayudante del *marshall*, entró, con el revólver en la mano.

—¡Madre mía, los dos asesinos!… —exclamó.

—Adams acaba de culpar al doctor Kenstein —repuso el *marshall* —. De un momento a otro, va a tener un ataque de hidrofobia. Hemos de meterlo en una celda y sujetarlo bien o este chico acabará matando a alguien.

De pronto, Adams echó a correr.

—¡Quieto ahí, Adams! —gritó Bill.

Chad no se detuvo, y se arrojó por la ventana.

Ricky hizo fuego, pero no acertó.

—No dispares contra él, Ricky —dijo Bill—. Es un tipo irresponsable. Vamos en su persecución… Hemos de cazarlo vivo.

El doctor Fidelius Kenstein miraba la probeta que contenía el líquido en ebullición.

La puerta se abrió a sus espaldas y, al volverse, vio a Adams, que tenía mucha espuma en la boca.

—Hola, Adams. ¿Dónde está Horace?

Chad no le contestó, y echó a andar hacia él.

—Adams, ¿qué te pasa?

—Mataron a Horace.

—¿Quién?

—El *marshall*.

—Maldita sea, os dije que el *marshall* era un tipo peligroso.

—No cumpliste lo tratado. Debiste tener la prueba. El *marshall* no entraba en nuestro negocio.

—Tendré la prueba preparada en unos segundos. Te quitaré la fiebre y la espuma. Serás un hombre libre.

El doctor Kenstein no pudo retroceder más porque tropezó con la pared.

Adams le golpeó con el filo de la mano en el cuello.

Se oyó un crujido, y el doctor Kenstein lanzó un grito.

—¡Adams, me has partido el cuello!… ¡Yo sólo quería ayudarte!…

Adams lo volvió a golpear, esta vez en la clavícula. Se oyó otro crujido.

—¿Dónde está la prueba? ¿Dónde? —gritó Adams.

—Ahí, en esa probeta —dijo Kenstein.

Adams cogió la probeta del líquido en ebullición, y se la volcó en la boca. Dio un rugido, y empezó a echar humo.

En ese momento, entró Bill Craig, seguido de su ayudante Ricky Ferguson.

Adams los vio, pero ya no trató de correr. Estaba herido de muerte. Se cogió el estómago. Aquel líquido le había abrasado la garganta, el esófago…

Lanzó otro rugido y se desplomó.

Bill se acercó al doctor Kenstein.

—*Marshal* —dijo el médico—, unas veces se gana y otras se pierde… Yo jugué fuerte, y eso siempre es más arriesgado… Usted acertó. Me iba a casar con Jacqueline Patterson y, al cabo del tiempo, le habría dado una buena ración de veneno… ¡Pueden irse todos ustedes al diablo!… La función terminó para mí, pero no me negará que fui uno de los mejores actores…

Luego, exhaló el último gemido.

* * *

Mag y Bill contrajeron matrimonio al día siguiente, justo una hora después de que el Concejo de Cárter City derogase las arcaicas leyes que hasta entonces habían regido la comunidad.

FIN